

Serie Negra



El Cojo Gamboa

Tres Cuentos

POR

DANNIEL ROSS

colección de untirón

Publicación privada. Prohibida su comercialización.
Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de comunicación sin la
expresa autorización del autor.

® ES PROPIEDAD DEL AUTOR

FÁCIL DE SEDUCIR

I

La coqueta muchacha le sirvió el café y le sonrió comercialmente. Gamboa le devolvió la sonrisa con poco interés y desdobló el periódico.

La cesantía había aumentado medio punto. Según el gobierno no era mucho, pero cuando uno pensaba que significaba más de veinte mil personas que se quedaban sin sueldo y veinte mil familias que pasaban a la sección deudores, el asunto era más grave. Pero a él le importaba un bledo. Era un cesante crónico, de aquellos que, por fuerza de las circunstancias, termina por asumir su realidad como una cosa inmanente.

La "Porotito Verde" tenía problemas con su novio. Y la noticia estaba tan destacada como el medio punto de cesantía. O como la guagua abandonada por su madre en un basural. Sin duda los periodistas no solo habían perdido el rumbo; habían extraviado el criterio.

En la página treintaitantos, en un rincón, se anunciaba que se había encontrado osamentas humanas en el sur del país, que podían tener varios millones de años, con vestigios de haber fabricado utensilios de piedra. Gamboa se sonrió pensando en la persistencia de la especie y en lo poco que había avanzado el hombre en todo ese tiempo.

Bebió el último sorbo de café y dejó una moneda en el mostrador. Inmediatamente la morena coqueta se acercó a recogerla, moviendo su bien torneado trasero. El cojo la miró fijamente a los ojos y la muchacha sonrió, esta vez con nerviosismo, para luego retirar la mirada. Era uno de los pasatiempos del cojo el observar con fijeza, sabiendo que su mirada tenía una fuerza poco común. Le gustaba sentir, aunque fuera solo en ello, que tenía un poder sobre los demás. Aunque le servía para maldita la cosa.

Salió a la calle. Hacía un calor de mierda y estaba lleno de gente por todas partes. Sin embargo, para evitar el tener que tropezarse a cada momento con los imbéciles que caminan sin saber a dónde van, zigzagueantemente, decidió irse por el lado de sol, mientras el ganado humano se apelotonaba en la sombra.

Además, su departamento no estaba lejos; un viejo edificio en la calle San Antonio, pasado monjitas. Justamente sobre el cine Apolo, primero en exhibir películas pornográficas en el país, toda una novedad, cuarenta años después que los demás países.

Caminó por el penumbroso pasillo. Una mujer madura se encontraba paseándose frente a la puerta de su departamento. Al verlo dirigirse a la puerta, ella se le acercó.

-¿Señor Gamboa?

-¿Quién lo busca?

-Me dijeron que usted podía ayudarme.

-No tengo dinero...

-No... No se trata de eso. Me dijeron que usted hace investigaciones privadas.

-Claro. Pase.

Entraron a una pequeña sala con un escritorio algo desordenado y tres sillas. El cojo le indicó que se sentara.

-¡Usted dirá! -le dijo a la mujer.

Era morena, de pelo teñido, labios carnosos y aspecto sencillo. Vestía como si la ropa fuera a cambiar su condición social, error que cometen todas las personas que no tienen "condición social".

-Verá... Necesito que siga a mi marido... Creo que...

-Entiendo. Mis honorarios son de veinticinco mil diarios, tres días de adelanto -dijo de golpe y con algo de brusquedad.

-Bien. No hay problema. Pero quisiera alguna prueba...

-¿Fotografía o video? -espetó casi con violencia.

Ella miró hacia el suelo.

-No sé...

-Fotografías son diez mil más. Video, treinta mil...

Para él era una simple relación comercial; para ella era toda su vida. Ahora bien, pensaba el cojo, si su vida ha llegado a ese extremo, entonces no tiene más importancia que una relación comercial, así que no sentía ningún cargo de conciencia.

-Fotografías... -dijo ella con un hilo de voz, luego de carraspear.

-En tres días, si sucede algo, le podré tener un informe completo. Si no, usted verá si continúo con la investigación. Necesito que me dé el nombre de su marido y me explique sus sospechas.

-El se llama Roberto Santelices... -y supo que trabajaba como ejecutivo en un Banco, que sospechaba que salía con su secretaria, que estaba gastando mucho dinero, que le preocupaban sus hijos y que estaba dolida... Y que había llegado al punto de odiar al que había jurado amar para toda la vida. La misma monótona historia de una sociedad conyugal marchita que se niega obstinadamente a perecer, aunque signifique subsistir embalsamada.

-¿Eso es todo?

-Eh, no. También quisiera saber si es posible que usted... Quiero decir... Le de un susto a él... Lo aleje de ella...

-No hago ese tipo de cosas. Búsquese a otro.

-Está bien. Sólo tome las fotografías.

Gamboa le pidió algunas direcciones, la mujer le entregó el dinero y se fue.

II

La rubia era teñida pero tenía un cuerpo sensacional. Sin duda que la tentación, para Santelices, había sido grande. Su mujer, que había pasado de los cuarenta años y los setenta kilos, no podía competir con una que tenía veinte años y veinte kilos menos. Aunque tuviera menos inteligencia que un neumático. Tenía buen "pellejo" y eso era más que suficiente. ¿Por qué, pensó, las mujeres se aporaleman tanto cuando el marido siente la necesidad de ejercer su instinto de cazador? ¿Por qué no salen a cazar ellas también y se acaba el asunto? Claro que para él era mejor así, pues ello le daba de comer.

La pareja caminó por Moneda hacia el poniente y entró a un motel. Gamboa activó su máquina y tomó varias fotografías de su ingreso. Aquello debía ser suficiente, ya que un cuarentón no va a un motel con una niña de la edad de su hija a darle clases de catecismo. Ahora esperaba la salida y volvería a tomar otras imágenes.

Se sentó a una mesa en la vereda, frente a una Fuente de Soda, y pidió un agua tónica con limón. Y se dedicó a revisar los titulares de otro periódico que había comprado en el camino. A nadie podía extrañarle que los diarios dieran las mismas noticias; lo que extrañaba era que todas estaban escritas igual. O había un solo periodista que sabía escribir, o todos los periodistas escribían igual, bajo un esquema preestablecido.

Dos horas más tarde la pareja hizo abandono del lugar. Nuevamente Gamboa los fotografió. Caminaron hacia el oriente un par de cuadras y se despidieron con un beso en la mejilla, muy pulcro. Ella se dirigió a la estación del Metro y él regresó a la oficina.

Y el cojo se fue para su casa.

III

El día siguiente fue tranquilo. No hubo catecismo. Gamboa aprovechó de cortarse el pelo y de comprarse un par de camisas y calzoncillos. Se quedó en su departamento relejendo una novela de Joseph Conrad. Era un día ideal. Tenía algún dinero en el bolsillo, algo de comer y beber en refrigerador, tranquilidad y...

Llamaron a la puerta. Maldijo por la interrupción.

Era la señora de Santelices. Le extrañó que se presentara ese día.

-Lamento molestarlo -le dijo.

Gamboa pensó que no lamentaba nada.

-¿Sucede algo? -preguntó extrañado.

Ella entró sin que él la invitara a pasar y se sentó.

-¿Ha hecho algún adelanto?

El cojo se acercó a su escritorio y sacó el sobre que contenía las fotos. Se lo entregó. Ella miró las fotografías con detenimiento. Gamboa la observaba a ella en espera de ver alguna señal, pero su actitud era gélida.

-Señor Gamboa -dijo ella-, quisiera insistirle en lo que le había pedido.

Gamboa frunció el entrecejo.

-¿Quiere que le rompa las piernas?

El todo bestial sobresaltó a la mujer.

-¡No! Nada tan... extremo. Pero podría hacerse pasar por el novio de la joven y darle algún... escarmiento.

-Comprendo. Pero no hago esa clase de trabajos.

Ella se acomodó en el asiento.

-Señor Gamboa, créame que es necesario. Detesto a ese tipo y quiero causarle daño... Pida lo que quiera...

Y dijo aquello con un todo convencido y con una mirada suficientemente explícita. El cojo pensó en lo bajo que pueden caer algunas mujeres cuando persiguen la vulgar venganza.

Se puso de pie y se acercó a la mujer. Le acarició un hombro. Ella permaneció inmutable.

-¿Está segura? -preguntóle al oído.

-Completamente -dijo ella con voz firme.

Gamboa deslizó la mano por el escote y acarició uno de sus senos.

-De acuerdo -dijo-. Le costará trescientos mil... Y esto será un bono extra.

Ella se puso de pie y se volvió hacia él. Lo abrazó y lo besó con fuerza. Las prendas fueron cayendo y el silencio fue roto por los suspiros.

IV

Roberto Santelices era bastante alto. Más que él. Pero era delgado, tenía un mentón huidizo y mirada inquieta. Gamboa lo superaba en peso y en experiencia. Sin embargo, se sentía incómodo de tener que representar toda aquella farsa. Palpó en su bolsillo los crujientes billetes y se animó. No podía achicarse en ese momento. Además, se trataba solamente de darle un susto.

Se acercó al tipo y se plantó frente a él. El lobby del edificio estaba lleno de gente.

-¿Señor Santelices?

El tipo le sonrió con complacencia pensando en un cliente.

-¿Con quién tengo el gusto?

-Mi nombre no importa -dijo el cojo-. Lo único que quiero es que deje de meterse con mi novia.

-¿Su... novia?

-Usted sabe a qué me refiero. Es demasiado joven para usted -dijo a pesar de que también lo sería para él.

El tipo se puso pálido.

-Pero...

-Si no lo hace, tendré que machucarlo un poco y eso no me gustaría. Además, está

EL COJO GAMBOA

su mujer.

-¿Mi mujer?

-No sea imbécil. Evítese problemas y déjela en paz.

-Pero yo...

-¡Cállese! Haga lo que le digo y no le pasará nada.

Dio media vuelta y se fue.

Ya estaba hecho. Se había ganado su dinero. Ahora podía irse a almorzar, pasar la tarde leyendo y...

V

Cuando los dos tipos se le acercaron supo que eran detectives. Lo llamaron por su nombre.

-¿De qué se trata?

Uno de los detectives se colocó tras él.

-¿Conoce usted a Roberto Santelices?

Inmediatamente pensó que el tipo se había quejado por su amenaza, lo que no era importante.

-¿Y que hay si lo conozco? -dijo desafiante.

-¿Lo ha visto últimamente?

-No.

-En ese caso, queda arrestado.

-¿Arrestado?

-Por favor, no se resista.

El detective a su espalda fue muy rápido en esposarlo. Después, flanqueado por los dos, lo llevaron a un automóvil oficial y lo metieron dentro.

No estaba inquieto, pues sería la palabra de Santelices contra la suya y eso significaría que no se llegaría a nada.

En la Central lo hicieron pasar a una sala de interrogatorios donde le quitaron las esposas.

-¿Conocía a Santelices?

Gamboa pensó que lo mejor era decir la verdad y evitarse problemas.

-Indirectamente -dijo.

-¿Qué significa eso?

-Que fui contratado por su mujer para seguirlo pues la estaba engañando con una jovencita.

-¿Su mujer? ¿Cómo se llama ella?

-Mirella Gómez.

-¿Habló con Santelices?

Gamboa sopesó la pregunta. ¿Debía decir que lo había amenazado?

-No. Jamás.

-Sin embargo -dijo el policía-, lo vieron conversando con él en el vestíbulo del edificio donde trabaja.

¿Negarlo? Hubiera sido estúpido.

-Está bien. Su mujer me pidió que le diera un susto.

-Insiste con lo de su mujer.

-Así fue. Es la verdad.

-Y se le pasó la mano con el susto.

Gamboa pestañeó.

-No entiendo...

-Fue a su casa y le dio tres puñaladas...

El cojo se levantó de un salto.

-¡No!

El detective a su espalda lo obligó a volver a sentarse.

-¿Por qué lo hizo?

-¡No hice nada! Le digo que su mujer...

-¡Termine con eso, Gamboa! Santelices enviudó hace cinco años y ni siquiera tiene hijos.

El cojo abrió la boca pero no dijo nada. No entendía lo que sucedía.

-Pero...

-Actualmente tenía una relación con Alicia Mellado, que trabajaba como su secretaria. ¿Tiene usted algo con ella?

-No. No la conozco...

-Pero le tomó fotografías saliendo de un motel con Santelices.

-Porque su mujer... Es decir... Ella me pidió que lo siguiera.

-¿Cómo dijo que se llamaba ella?

-Mirella Gómez.

-Gómez... No hay ningún nombre así relacionado con Santelices. ¡Diga la verdad, Gamboa! ¡Por qué lo asesinó!

-¡No! No... Yo... No entiendo nada de esto...

-¿Qué problema tenía con Santelices?

-¡Nada! Nunca antes lo había visto... Yo... ¡Fue una trampa!

-¿Una trampa? ¿De quién?

-¡De la Gómez!

-¡Ah! La mujer de Santelices que no existe...

-¡Si existe! Por favor...

-Es mejor que nos cuente la verdadera historia, Gamboa. Por su propio bien.

Entonces se dio cuenta que no tenía alternativas, que estaba atrapado en un complot del cual había sido un mero juguete. ¡Un perfecto imbécil! Ella se le ofreció y el cayó en su telaraña.

-Quiero hablar con mi abogado...

VI

Fueron dos días en prisión. Por último, el abogado, su amigo Matías, había logrado demostrar que no había causales para su arresto. Haberlo visto con Santelices en el edificio no era prueba de un crimen. Y nadie lo había visto cometer el asesinato. Las pruebas eran insuficientes y por lo tanto, no había méritos ni siquiera para iniciar un juicio.

Y salió a la luz del sol, con unos deseos tremendos de encontrar a la maldita perra y darle una paliza. Pero eso lo hubiera complicado todo.

Para él, el asunto estaba más que claro. La tal Mirella, o como se llame, debe haber sido novia de Santelices que, al verse desplazada por una más joven, se sintió despechada y se le encabritó la neurona. Lo involucró a él, asesinó al tipo, y todo el asunto cayó sobre sus hombros. La policía no lo dejaría tranquilo pues tenían entre cejas que era culpable y no iban a perder su tiempo investigando otras alternativas, así que tendría que hacerlo él mismo y con sus escasos medios.

Claro que, ¿cómo iba a encontrar a la mujer si el imbécil no le había pedido referencias de ningún tipo? Por otra parte, nada le costaba a ella darle una dirección falsa.

La única alternativa que tenía era ubicar a Alicia Mellado. El policía había cometido el error de mencionarla, aunque no le habría sido difícil para él averiguarlo.

Pasó a comprar un enorme ramo de flores y se dirigió al edificio donde trabajaba Alicia. En el vestíbulo le indicaron la oficina.

-Ella no ha venido -dijo otra secretaria, también rubia y monumental, como todas las demás que allí se veían.

-¿Cómo podría ubicarla? -preguntó el cojo.

-Debe estar en su casa.

-¿Y no tiene la dirección? Debo entregarle este ramo personalmente con un mensaje...

Y como tratándose de flores las mujeres, quién sabe por qué apícola ancestro, pierden la razón, le dieron la dirección sin problemas.

Un bello edificio y un bello departamento. Tocó el timbre pero no obtuvo respuesta. Insistió. Pero fue inútil. Molesto, volvió a la calle. Una hermosa morena le miró con una sonrisa pícara al verlo con aquel hermoso ramo. El cojo se le acercó.

-Toma -le dijo a la morena que le miró sorprendida-. Te las mereces.

Ella cogió el ramo y le miró agradecida, pero el cojo dio media vuelta y se marchó. De nada le serviría guardar el ramo para otra ocasión, pues se marchitaría. Ya vería la forma de acercarse a la tal Alicia...

VII

Cuando llamaron a su puerta eran las tres de la madrugada. Por un momento pensó que podía ser Mirella. Se puso los pantalones y abrió.

-Pero...

No alcanzó a decir más. Los dos detectives entraron, dándole un empujón.

-¿Te estás perfeccionando? -dijo el que siempre hablaba.

-¿Qué sucede? Creo que ya quedó claro...

-Lo de Santelices, si. Pero no lo de la Mellado.

-¿Que pasa con ella?

-Otras tres puñaladas... ¿Es tu número de suerte?

Gamboa los miró atónitos. Tal era su expresión que el propio detective dudó un momento. O el cojo era un gran actor o realmente estaba sorprendido. El otro detective revolvía el departamento con una furia metódica.

-No tenía idea...

-¿Me vas a decir que no la fuiste a ver? Te dieron su dirección en su oficina, donde te presentaste con un gran ramo de flores.

-Si, pero mi intención no era asesinarla.

-¿Se te ocurrió en el momento?

-¡Nunca la vi ni hablé con ella! Fui a su departamento, pero no había nadie.

-¿Y crees que alguien te lo va a creer? Tu abogado no podrá salvarte en esta ocasión.

-¡No tengo nada que ver!

-¿Y entonces por qué fuiste a verla?

-Porque quería hacerle algunas preguntas. No quiero que me culpen por lo de Santelices, con lo que no tuve nada que ver. No fui yo. Estoy seguro que fue mi cliente, la tal Mirella...

-La mujer fantasma. Nadie te creará eso.

-¡Pero es verdad, maldición!

-¿Y quién es ella?

-¡Qué se yo! Simplemente me contrató para seguir al tipo que me dijo era su marido. Quería pruebas de que la engañaba, seguramente para un juicio por la pensión...

-Pero Santelices era viudo.

-Pues entonces fue una trampa. ¡Les juro que no tengo nada que ver!

El detective que revolvía el departamento volvió junto al otro. Este le miró inquisitivamente y el otro negó con la cabeza. No había encontrado el arma asesina o algo que le incriminara.

-Bien. Vamos por parte -dijo el detective que hablaba. El mudo volvió a ponerse a su espalda-. Tienes unos antecedentes muy extraños. Retirado del ejército como capitán luego que una granada te destrozara una pierna. ¿Por eso te dicen "el cojo Gamboa"?

-No. Es por mi bello caminar.

-No te pongas gracioso, que no te ayuda.

Gamboa guardó silencio.

-Desde entonces has ido de mal en peor. Tienes varias denuncias por agresión.

EL COJO GAMBOA

- Y ninguna condena porque eran falsas -mintió.
 - Siempre se te ve por locales nocturnos de mala muerte, con prostitutas y traficantes...
 - Jamás me he metido con traficantes -lo que era cierto.
 - Tu mujer, luego de tu baja, se fue con otro...
 - Antes de mi baja. Y no le guardo rencor.
 - Sin hijos, tu padre aún vive en La Serena.
 - Coronel retirado y con honores.
 - Tú también tuviste los tuyos. También fuiste de la CNI...
 - ¡No! Eso es falso.
 - Pero hiciste algunos trabajos para ellos.
 - Cumplí órdenes. En el ejército uno no puede elegir.
 - De acuerdo.
 - ¿Qué tiene que ver todo eso con este asunto?
 - Perfil de carácter, se llama. Esto dice que eres capaz de matar. Fuiste comando y te entrenaron para la vida dura y sangrienta.
 - Nada tan dramático.
 - Pero eres capaz de asesinar.
 - Al igual que su abuelita si lo cree necesario.
- El detective encendió un cigarrillo.
- ¿Cómo dices que se llamaba la mujer?
 - Mirella Gómez.
 - No existe nadie con ese nombre relacionado con Santelices.
 - Me imagino. Si tenía ella la intención de asesinarlo, no me daría su verdadero nombre.
 - ¿Por qué crees que era lo que ella quería?
 - ¿No es evidente?
 - ¿Y para qué involucrarte?
 - Para evitar sospechas sobre su persona... ¡Espere!
 - ¿Que sucede?
 - Tiene que ser alguien cercano a Santelices. Por eso necesitaba involucrarme a mi o a alguien, porque podría ser una sospechosa. Piénselo. ¿Qué motivo podría tener yo para matar a Santelices?
 - Eso no lo sé.
 - Ninguno, porque no lo conocía.
 - Quizás estuvieras enamorado de la chica y lo asesinaste a los dos en venganza.
 - Eso es un chiste. Ni siquiera la conocía.
 - No lo sabemos.
 - Si la hubiera conocido, ¿para qué fui a conseguirme la dirección? Debería saberla.
 - Quizás ella cambió de casa y no te lo dijo.
- Gamboa se acomodó en la silla.

-Realmente no tienen nada. No pueden culparme de este otro crimen. ¿Me van a arrestar? De acuerdo. Mañana estaré libre y ustedes van a recibir una amonestación.

El detective se puso de pie.

-No eres tonto. Sabes hacer las cosas, no hay dudas. Pero vas a cometer un error...

-Ya lo cometí -dijo el cojo con desaliento-. Jamás debí haber...

Guardó silencio.

-No te muevas muy rápido -dijo el detective-. Ni te pongas nervioso. Te tendremos vigilado.

No esperaba menos.

VIII

¿Quién era Mirella Gómez? Ese era el nudo de todo el asunto. Si lograba desatarlo, todo habría terminado. Pero, ¿cómo encontrar a alguien que, se supone, no existe?

Recordó algo que le dijera al detective; tenía que ser alguien cercano a Santelices para tener un motivo.

En la guía encontró la dirección del tipo. Detuvo su automóvil frente a la elegante casa y se apeó. Se había colocado su mejor traje pues sabía que, yendo bien vestido, todo el mundo lo toma en consideración. Por eso los delincuentes más peligrosos son los de cuello y corbata.

Una mujer abrió la puerta. Tendría unos setenta años y ojos enturbiados por una catarata.

-Buenos días -dijo-. ¿Podría hablar con Roberto?

La mujer le miró con cuidado.

-¿Quién lo busca?

-Soy un amigo de él. Del sur...

-Debo decirle que don Roberto falleció...

Gamboa simuló asombro y pesar. Y lo hizo tan bien que la anciana pensó que se iba a desmayar y lo hizo pasar.

-¡Que terrible! -dijo Gamboa-. La última vez que lo vi se veía muy sano...

-Bueno... Es que él... No murió de una enfermedad...

-¿Un accidente?

La anciana restregó las palmas de sus manos en su falda.

-Fue... asesinado...

-¡Oh, Dios! ¡Qué espantoso!

-Sí... Terrible.

-Pero, ¿por qué? Era un buen hombre. ¿Fue un asalto?

-No. Dicen que fue un tipo que estaba enamorado de la novia de don Roberto.

-¿Tenía novia? Siempre fue un don Juan...

-Sí... -dijo la anciana y sonrió con picardía.

-Aunque le hacía falta, después de la muerte de su mujer...

-Si. Pobrecita... ¡Morir de esa forma tan absurda en la plenitud de la vida!
-¿Absurda?
-¿Usted no lo supo?
-No. Ya sabe que Roberto no hablaba del tema... -dijo el cojo arriesgándose.
-No. Le dolía mucho. La amaba muchísimo...
-¿Y... cómo falleció ella?
-Un accidente. En Lanalhue, en la casa de su cuñada. Se cayó de un balcón y se estrelló en las rocas.
-¡Qué terrible! Y sin hijos... Todo su trabajo se va a perder... Su fortuna...
-Bueno. Está su hermana y su sobrino.
-¡Claro! Me olvidaba de Mirella...
-¿Mirella?
-¿No es su hermana?
-No. Su hermana se llama Beatriz.
-¡Claro! Beatriz... Una morena muy hermosa en su tiempo.
-No... La está confundiendo. Ella es rubia...
-Debe ser una confusión. Pero, ¡en fin! Me deja muy triste esta noticia. Lo lamento tanto. Tendré que darle mi pésame a Beatriz... ¿Ella todavía vive en Vitacura?
La mujer le miró con cierta curiosidad.
-No... Nunca vivió en Vitacura...
-Debo estar confundiéndola con otra persona. ¿Dónde vive ahora?
-Donde siempre, en Pedro de Valdivia, en la casa vieja...
-¡Ah! Claro. Ahora lo recuerdo. Como soy del sur no me ubico bien en Santiago. Era en Pedro de Valdivia con Antúnez... O algo así.
-Cerca de Bilbao -dijo la mujer con tono que indicaba que comenzaba a sospechar algo.
-Ya recuerdo. Pasaré a verla luego. Y disculpe la molestia...
Y salió de allí lo más rápido que pudo.

IX

-¿Detective Salgado? Soy Gamboa.
-¿Qué quiere ahora? -preguntó el detective al otro extremo de la línea-. ¿Confesar?
-Creo que encontré a la mujer.
-¿A su mujer fantasma?
-Si. Parece ser la hermana de Santelices.
-¿Y ella lo asesinó? ¡No sea estúpido!
-Escuche. Santelices no tenía mujer ni hijos. Sus herederos eran su hermana y, por derivación, su sobrino. De pronto el tipo se enamora y la hermana ve alejarse la herencia. Además, la mujer de Santelices murió en casa de la hermana, en un accidente. Se cayó por el balcón directo a unos roqueríos.

-¿Me quiere decir que la hermana del tipo asesinó también a su cuñada?
-Y a Alicia Mellado, pues la chica podía haberme dado a mí la pista para encontrarla.
-Me parece una historia de ciencia ficción. ¿Por qué no se dedica a escribir novelas?
-Después lo haré, cuando solucione este asunto. Y le regalaré una copia autografiada. Ahora necesito que me ayude.
-¿Por qué habría de hacerlo?
-Porque usted sabe, o por lo menos intuye, que yo no tengo nada que ver en este asunto.
Hubo un breve silencio.
-¿Dónde está?
-En Pedro de Valdivia con Bilbao. Frente a la casa de Beatriz Santelices, alias Mirella Gómez.

X

Era ella, sin duda, aunque de cabellos rubios. Y, al parecer, se había percatado que Gamboa estaba allí, pues lo saludó con absoluta frialdad. Junto a ella estaba su hijo, un muchacho de veintidós años, de aspecto afeminado y que, al parecer, vivía pegado a las faldas de su mamá.
-¿Conoce usted a este hombre? -le preguntó el detective.
-Nunca lo había visto -dijo ella impertérrita.
Gamboa sonrió y se sentó en un sofá muy amplio y cómodo.
-Él dice que usted lo contrató para seguir a su hermano, haciéndose pasar por su mujer.
-¿Y usted cree en ese absurdo? ¿Para qué haría yo una cosa así?
El cojo la miraba fijamente y ella evitaba devolverle la mirada.
-¿Por qué asesinó a su hermano? -Dijo Gamboa drásticamente.
Todos notaron el temblor en su labio inferior.
-Creo que es usted el acusado, ¿no? -dijo ella tratando de parecer inmutable.
-Pero usted sabe que no lo hice. Me conoce y muy bien. Y yo a usted. Debo decirle, detective Salgado, que esta señora tiene un bello lunar en forma de triángulo en la nalga derecha... Si. La derecha -confirmó haciendo memoria.
-Pero, ¡qué se cree usted! -exclamó el hijo.
-¿Cómo sabe eso? -preguntó el detective.
-Porque pasamos una noche juntos. De otra forma sería imposible.
Beatriz se había puesto pálida.
-Ya sabemos todo el asunto, Mirella... digo Beatriz. Su hermano tuvo la mala idea de enamorarse de una chiquilla con lo que su fortuna, si se le ocurría casarse con ella, pasaría a sus manos. Por eso fue a verme con el cuento que era su marido. No le intere-

saba que se acostara con ella y por eso, cuando le mostré las fotografías, no mostró ningún sentimiento...

-Todo eso es absurdo -dijo ella intentando conservar la calma.

-Tenía que buscar algún imbécil sobre el cual pudiera recaer la culpa de lo que pensaba hacer; asesinarlo y evitarse definitivamente la molestia de perder la fortuna...

-¡No es cierto! -dijo el muchacho, iracundo-. Este tipo está loco.

-Pero, ¿por qué no asesinarla a ella solamente? -dijo Salgado.

-Porque el hermanito podría sufrir otro ataque de calentura...

-No le permito que hable así frente a mi madre -dijo el muchacho con voz pituda-.

Si ustedes son policías, no pueden dejar que...

-¡Usted síntese! -dijo Salgado en tono perentorio-. Esta es una investigación por asesinato, por si no se ha dado cuenta.

-Nosotros no tenemos nada que ver... Este tipo...

-No es necesario que sigas mintiendo -interrumpió Gamboa a la mujer-. El asunto está más que claro. Además, está el asunto de tu cuñada que, extrañamente murió en tu casa de Lanalhue, en un extraño accidente...

Beatriz reventó en llanto.

-¡Mamá! -exclamó el chiquillo.

-No, Ricardo. Está bien... Es mejor así...

-No, mamá... Yo...

Ella se puso de pie y se dirigió a Salgado.

-Me declaro culpable. Yo asesiné a mi hermano y a mi cuñada... Y a la chica...

-¿Esta segura de lo que está diciendo? -dijo el detective.

-¡Mamá! ¡No lo hagas!

-Segura. Lo confieso...

XI

Salgado estaba muy solícito con Gamboa. Gracias a él había logrado un buen arresto, rápido y efectivo, que le permitiría ganar algunos méritos.

-No lo creo -dijo el cojo.

-¿Qué?

-No fue ella. Fue el hijo.

Salgado se dio una palmada en la frente.

-Eres imbécil. ¿Para qué quieres complicar las cosas?

-Porque es la verdad. Ella en realidad sólo quería que asustar a su hermano. Pero el hijo estaba decidido a asesinar al tío y ella decidió ayudarlo. Entonces insistió en que le diera un susto al tipo y para convencerme, se acostó conmigo. ¿Por que llegar a tal extremo sólo para que le diera un susto?

-Me parece lógico.

-Luego el muchacho asesina a Alicia Mellado para evitar me pudiera guiar a ellos.

Y no me extrañaría que fuera el autor de cierto empujoncito en un balcón en Lanalhue.
-De todas formas ella es cómplice.
-Pero no el cerebro. No puedes dejar que él mariconcito salga libre y gozando de la fortuna del tío, mientras su madre se pudre voluntariamente en la cárcel.
Salgado sonrió.
-Creo que un interrogatorio será suficiente para quebrarlo.
Se despidieron con un apretón de manos.
El cojo caminó por la calle. Ya era de noche. Pasó frente a un local nudista y se detuvo en la puerta. Una muchacha le abordó.
-¿No quieres pasar? Soy buena compañía.
Gamboa se le acercó y le acarició el trasero.
-¿No preferirías ir a mi departamento?
-¿Por qué no?
El bullicio de la ciudad ahogó sus risas.

ALGO ES ALGO

I

Arrojó su billetera en el cajón después de constatar que no le quedaba un centavo. La temporada había sido mala y no tendría más posibilidades que acudir a Juvencio, el prestamista, para que le diera unos cobros difíciles, aunque no le gustaba hacerla de matón.

Llamaron a su puerta.

Una pareja de edad y de aspecto humilde preguntó por él. Los hizo pasar.

-¿Qué puedo hacer por ustedes?

-Queremos que encuentre a nuestra hija, señor Gamboa. Nos dijeron que usted podría ayudarnos en eso.

-¿Desde cuando está desaparecida?

-Hace ya cinco días -dijo la obesa mujer cuyo rostro mostraba preocupación.

-¿No fueron a la policía?

-Según ellos no pueden hacer nada...

-Deberían poner una denuncia por presunta desgracia.

-Lo hicimos -explicó el padre con un tono de desesperación-, pero nos dijeron que podía ser cualquier cosa, que la niña podría haberse fugado...

-Ella no haría algo así, señor Gamboa -interrumpió la mujer-. Es una buena niña, buena estudiante...

-La policía no nos da ninguna solución -agregó el padre-. Nosotros sabemos que ella no se fugó. No tendría motivos.

-¿No?

Ambos se miraron.

-La policía nos preguntó mucho sobre el trato que le dábamos -dijo él-. Usted comprenderá, señor Gamboa, que para nosotros esa niña es nuestra vida. Mi mujer, por su edad, casi se muere en el parto y yo no soy joven. Daríamos lo que fuera por ella.

-Entiendo.

-No tenemos muchos recursos, pero si es necesario, venderemos la casa. Solo queremos que la encuentre.

Gamboa sintió la angustia de los desesperados padres.

-Bien -dijo y se aclaró la garganta-. Mis honorarios son de veinticinco mil diarios, tres días de adelanto.

El tipo metió la mano al bolsillo y sacó un puñado de billetes de baja denominación que contó con cuidado.

-Solo tenemos... sesenta mil.

Gamboa comenzaba a sentirse molesto consigo mismo. Debería mandarlos a freír espárragos, pero se hubiera sentido culpable. ¿Por qué tenían que tocarle clientes así?

-Está bien -dijo finalmente tomando los billetes-. Necesitaré más información sobre las amistades, costumbres, hábitos, todo lo que puedan decirme de su hija. Y una fotografía...

II

Tenía catorce años, algo gordita y bien desarrollada, con una verde mirada de niña ingenua y una sonrisa inocente. Hermosos dientes, hermosos labios, hermoso cabello castaño. Así era Paula.

Tenía, como todas las muchachas de su edad, una amiga del alma, Julieta, de dieciséis opulentos años. Representaba bastante más, quizás porque se pintaba como una mujer adulta y sus formas, bastante desarrolladas, hacían presumir experiencia.

Cuando habló con él no le quedó duda que Julieta había tenido ya varios Romeos.

-No la veo hace días. Sus papás dicen que no volvió a casa. Nos tiene a todos muy preocupados.

-¿No se te ocurre dónde pueda estar?

-No...

-Pero tú saliste con ella la noche que desapareció...

-Sí. Fuimos a la casa de Marta, una compañera del colegio. Allí tomamos cerveza y oímos música, pero después no supe de ella porque yo salí con mi novio. Ella se quedó con Marta, en su casa...

-¿Tomaron solo cerveza?

-¡Claro! No nos alcanzaba para whisky -dijo ella riendo.

-¿Y ninguna otra cosa?

-¿Qué quiere decir? ¿Drogas? No... Yo me cuido mucho. Y Paula no se metía en eso.

-¿Y qué hay de Marta, la amiga?

-Ella... Ella es algo especial.

-¿Especial? ¿Cómo?

Julieta guardó silencio un momento, como meditando lo que debía decir.

-Ella... Su mamá... Bueno, era prostituta de joven. Madre soltera. Después encontró un trabajo y se dedicó a su hija.

-¿Y la hija?

-La verdad... Mire, no quiero ser copuchenta, pero a veces la veía en la plaza con

tipos mayores. Ella decía que eran sus novios, pero siempre eran distintos. Además, siempre tenía dinero...

-¿Y qué decía su mamá?

-Nada... ¿Sabe? Ahora que lo pienso... Ella y su amiga Estefanía, una señora de su misma edad, acostumbraban salir de fiesta. Yo no quiero decir nada, usted comprende, pero...

-Entiendo.

-Porque lo extraño es que se compraron un auto nuevo muy bonito y la mamá de Marta trabaja como vendedora en una tienda en San Diego. No creo que gane lo suficiente. ¿Me entiende?

Gamboa agradeció la mala costumbre de las mujeres de ser tan chismosas; eso le beneficiaba.

III

Mientras el taxi se dirigía a San Diego desdobló su periódico. Como siempre, la UDI y RN continuaban peleando como cabros chicos, el gobierno dando explicaciones por sus fracasos y el juez Alvarado, ministro de la Corte Suprema, anunciando que no se permitiría corrupción en el sistema judicial. ¿Cuanto tiempo llevaba todo aquello?

La tienda era de esas populares, donde uno compra a sesenta cuotas y, por un artículo que cuesta cien, uno termina pagando quinientos, pero con la anestesia de una cuota pequeña, durante ¡cinco años! Por lo general, el artículo comprado dura dos o menos.

Roxana, la madre de Marta, representaba más de cuarenta aunque tenía menos que eso. Era de aspecto corriente y se vestía en forma llamativa, demasiado para su edad.

-¡Es terrible! -dijo cuando Gamboa le explicó el motivo de su presencia-. Paulita es una buena niña.

-Ella desapareció la noche que estuvo en su casa, con su hija. ¿No sabe usted si salió con alguien?

-No. Se fue sola. Eso fue lo que me dijo mi hija. Yo creo que algo le pasó en la calle, camino a su casa. El barrio es muy malo, ¿sabe?

-Pero no la han encontrado en cinco días.

-¡Pasan cosas muy raras en ese barrio! -comentó ella.

-¿No sabe si tenía algún novio?

-No que yo sepa... Mire. No puedo hablar mucho con usted porque mi jefe se va a enojar. Además, no tengo idea de qué le puede haber pasado.

-Entiendo. Es un buen trabajo, ¿no?

-No tanto...

-Digo, si pudo comprarse un auto tan bonito...

Ella le miró con ira.

-Me tiene encallada por años -expresó con disgusto.

-Claro. ¿Puedo preguntar donde estaba usted la noche que Paula desapareció?

Ella entrecerró los ojos y su labio inferior de estremeció.

-Puede preguntar lo que quiera. Pero no tengo por qué contestarle. Ahora váyase.

Y dando media vuelta, desapareció en las escalas.

El cojo salió a la calle. El olor a fritanga rancia le revolvió el estómago. Caminó hasta la Alameda y cruzó en dirección al centro.

IV

Salgado le recibió con un estrechón de manos.

-¿Qué puedo hacer por ti?

Gamboa se dejó caer sobre una vieja silla de hierro con tapiz de lana bastante gastado.

-Estoy buscando a una chiquilla perdida. Paula Jimeno...

Salgado abrió los ojos.

-¿Y por qué estás haciendo tal cosa?

-Porque los padre me lo pidieron. Me dijeron que habían venido a poner la denuncia...

-Así fue, pero no podemos hacer nada.

-¿Por qué?

-Porque necesitamos la orden del tribunal.

-¿Y por qué el tribunal no ha dado la orden?

-Pregúntale al juez...

-¿Están esperando que pase lo de Alto Hospicio?

Salgado se puso de pie y cerró la puerta.

-¿Te puedo pedir un favor?

-¡Claro!

-No te metas en este asunto.

-¿Qué sucede? ¿Por qué tanto misterio?

El detective ofreció al cojo un cigarro y sacó uno para él. El humo inundó la oficina.

-No puedo decirte nada. Olvídate del caso. Ya está siendo investigado.

-¿Por quién?

-No tengo idea.

Gamboa le miró con incredulidad.

-¿De qué se trata todo este asunto?

Salgado dio una larga fumada.

-No lo sé. Créeme. Después que pusieron la denuncia llegó la orden de investigar y a los dos días la retiraron.

-¿Por qué?

EL COJO GAMBOA

-¡Sepa Moya!

-¿Averiguaron algo?

-Eso no puedo decírtelo y lo sabes.

-¿Quién es el juez que lleva este asunto?

-Camilo Ambrosio. Ya sabes que es uno de los duros.

Gamboa apagó la colilla en el pesado cenicero de loza.

-Me parece muy extraño.

-Lo es. Pero debes dejarlo así o puedes meterte en un lío. Me da la idea que el asunto está en manos del COSENA.

-Más extraño aún. ¿Por qué el COSENA se interesa en la desaparición de una adolescente? Claro que yo podría averiguar algo por aquí o por allá...

-No te metas.

-Eso no puedo hacerlo. Ya me contrataron y no puedo decirle a los viejos que renuncio.

-¿Por qué no?

Gamboa se puso de pie.

-Porque no quiero. Creo que ya está bueno de tirar por el desvío los casos de la gente que no tiene medios ni *pitutos*. Si fuera la hija del juez Ambrosio estaría toda la policía tras la pista, pero como son un par de jubilados picantes, se los pasan por el culo.

-¡No seas injusto!

-¿No? ¿Y qué es lo que me estás diciendo, entonces?

Salgado dio un puñetazo en su escritorio.

-Maldición. Sé que tienes razón, pero no podemos hacer nada.

-Y mientras sigamos repitiéndonos lo mismos, "no podemos hacer nada", no haremos nada.

Se miraron en silencio.

-Hay una prostituta, madre de una amiga de la desaparecida -dijo el detective.

-Roxana. Ya hablé con ella.

-Hay sospechas que prostituye a la hija que es menor. Tiene diecisiete años.

-No me extraña.

-Hay otra chiquilla, una tal Julieta.

-Un buen pellejo de dieciséis.

-Veo que ya las conoces -dijo el policía con picardía.

-¿Qué pasa con ella?

-Parece que es del grupo.

-No lo creo, pero podría ser.

-Con Paula sospechamos que las tres ejercen la profesión -dijo Salgado con sigilo-. Ya sabes que pagan bien por las jovencitas. Al parecer quieren tirar el hilo de la madeja para descubrir la organización que hay detrás.

-¿Organización?

-Esa es la idea que me da.
-No creo que haya una organización –sentenció Gamboa..
-¿Cómo justificas que la chiquilla haya desaparecido? Me da la idea que alguien las maneja. Quizás la niña se asustó y quiso retirarse. Le dieron un apretón y se les pasó la mano.
-¿Muerta?
-Es lo que yo pienso –comentó Salgado como meditando.
-¿Y quién estaría a cargo? ¿Roxana? Esa puta es más imbécil que mi zapato.
-Pienso lo mismo. Por eso creo que hay alguien más.
-Si es así, el asunto es más grave de lo que pensamos.
-Y por eso debes olvidarte y renunciar.
-¿Y dejar que el COSENA o el juez ese metan la pata y el asunto se olvide?
-¿Y por qué no las meterías tú?
-Porque yo no tengo problemas para meterme con esa gente y averiguar lo que necesito. ¿Crees acaso que los policías van a tener mejores posibilidades?
Salgado sonrió.
-Cuídate -le dijo-. Y no me conoces.
-No te conozco -dijo Gamboa y salió de la oficina.
Una bocanada de aire fresco le hizo notar que adentro el ambiente estaba denso.

V

No tenía más alternativa que apretar un poco la garganta a alguien. ¿Roxana? No parecía lo más adecuado. ¿Cómo se llamaba la amiga? Estefanía. A ella si podría darle un susto. Quién sabe...

Hizo la cita para las ocho así que aprovechó de pasar a lavar el auto. Mientras lo aseaban compró otro periódico. Nada decían del desaparecimiento de la niña, por lo que era aún un secreto. La importancia se la daban a un jugador de fútbol que se había torcido un tobillo en una fiesta no muy santa. Y al matrimonio de una actriz de teleseries que hubiera colocado un aviso de cerveza en la espalda de su traje de novia... si hubiera tenido espalda. La verdad es que el escote le llegaba a la comisura de las nalgas. ¡Muy piadoso! Y el resto, lo de siempre; el gobierno se defiende de las críticas con más críticas en vez de hacer lo que debe. Y el juez Alvarado volvía a anunciar su despiadada lucha en contra de la corrupción de su institución. ¿Quién les cree?

Eran las ocho en punto cuando llegó a la esquina convenida. Estefanía era una mujer de treintaitantos, buena figura, rostro vulgar y sonrisa profesional.

-Conozco un buen motel.
-¡Claro! -dijo el cojo y se dejó guiar.
-¿Cómo te llamas?
-Mauricio -mintió él.
-Bonito nombre.

"De maricón", pensó Gamboa.

El lugar era poco llamativo en su exterior pero ostentoso en el interior. Se le fue la mitad del dinero en la pieza y la otra mitad en la mujer.

Entraron a un cuarto muy *quiché*, con columnas doradas, techo con espejos, un jakuzi para dos y un televisor. Estefanía lo encendió. El circuito interior pasaba una película en que una rubia despampanante cabalgaba sobre un tipo atlético con un pene de metro y medio. Gamboa se sintió disminuido.

Al volverse, vio que la mujer se había quitado la ropa. Tenía un hermoso cuerpo.

-¿Quieres que te haga un masaje?

Por qué no, pensó Gamboa. Total, se había gastado toda su plata y tenía derecho al servicio. Así que hizo uso de él como correspondía y de todas las formas que le fue permitido.

-Conozco a una amiga tuya -le dijo él.

-¿Si?

-Roxana.

-¿La flaca?

Si era flaca, pensó el cojo, él era Madona.

-¡Claro! Me dijo que tenían unas niñas muy buenas.

-Están fuera de tu alcance, muchacho.

-¿Si? ¿Me crees tan miserable?

-¿Podrías pagar doscientos mil?

Gamboa abrió los ojos, pero reaccionó de inmediato.

-No habría problema si realmente los valen.

-Los valen. ¿Te interesa?

-¡Claro! Una en especial. Creo que se llama Paula.

-Te gustan bien jovencitas. No hay problema.

Gamboa se extrañó por su respuesta.

-¿Cuándo podría ser?

-Cuando quieras -afirmó ella.

-¿Mañana en la noche?

-Claro. ¿Aquí mismo? -consultó la proxeneta.

-Perfecto -dijo él y volvió a ponerse cariñoso.

-Tienes que pagar por adelantado.

-No me creas estúpido -dijo el cojo con mirada siniestra-. Le pagaré a ella.

-No, muchachito. Se acabó tu tiempo -dijo ella empujándolo suavemente.

Gamboa se arrojó de espaldas sobre la cama y se miró en el espejo. No se veía mal. Estefanía se recostó a su lado.

-¿Nos vemos bien, no? -dijo con una sonrisa torcida.

-Si te pones arriba nos veremos mejor.

Ella se rió.

-Francamente, tengo derecho a mi parte en el asunto -dijo ella y se encaramó sobre

él-, así que ahora me toca a mí...

VI

Volvió tarde a su departamento. Así que la niña estaba viva después de todo. ¿Dónde estaría? ¿Por qué se había escondido? Era muy extraño el asunto. Se dio una buena ducha y se metió en la cama, pero le costó conciliar el sueño. Aquel asunto le molestaba sobremanera. ¿Por qué tanto secreto? Algo olía a podrido en el reino de Dinamarca...

El sol ya había salido cuando lo despertaron los golpes en la puerta.

-¡Vístete! -le dijo Salgado.

-¿Para qué?

-El juez Ambrosio quiere verte.

-¿A mí?

-Te dije que no te metieras. Ahora me van a llamar la atención a mí.

-No te mencionare. ¿Puedo llamar por teléfono?

-¿A quién?

-A Matías. No voy a ir solo a ver al juez.

-Lo puede tomar a mal si llegas con tu abogado.

-Francamente, me importa un coco como lo tome.

VII

El juez no esperaba encontrar a Julián Matías, hábil defensor de delincuentes, acompañando a Gamboa. Lo saludo con cierta frialdad.

-Se está metiendo usted en un asunto que no le compete, señor Gamboa -dijo.

-Me compete, señoría -replicó éste.

-No señor...

-Desde el momento que los padres me contrataron para buscar a su hija, es de mi competencia.

-¿Sabe que lo puedo acusar de obstruir la justicia y encerrarlo por largo tiempo?

-No puede -dijo Matías mirándose las uñas.

-¿Qué? -dijo molesto el juez.

-No puede, señoría -repitió-. Según parece no hay orden de investigar y si no existe la orden, ¿cómo mi cliente podría obstruir una investigación que no existe?

Ambrosio se recostó en su sillón.

-Usted es muy inteligente, Matías, pero no se confíe.

-Nunca lo hago, señoría. Por eso estoy donde estoy.

-Déjeme advertirle, Gamboa -insistió el juez-, que este asunto es bastante más grave de lo que cree. Sería mejor que lo dejara.

-¿Me lo está pidiendo? -quiso saber él.

El juez se sintió algo molesto.

-Si. Se lo estoy pidiendo amigablemente.

-Pero, ¿no cree que yo podría ayudar en el asunto?

-No lo creo. Simplemente olvídelo. Y si ha tenido gastos o pérdidas, hágamelo saber.

Matías se sonrió con cinismo.

-Eso haremos, señorita -dijo poniéndose de pie.

Cuando salieron de la oficina el abogado lanzó una exclamación soez.

-¿En qué mierda te metiste ahora?

-No tengo idea -dijo el cojo sinceramente.

-Ya sabes que puedes contar conmigo si necesitas ayuda.

Matías recordaba cómo el cojo lo había librado de una situación muy peligrosa que le hubiera costado la vida, razón por la que siempre estaba disponible para él, gratuitamente.

-Gracias.

-Pero, por favor, ándate con cuidado. Aquí hay algo muy feo. Puedo olerlo.

-Yo también. ¡Apesta! Pero tú eres suficientemente inteligente para salir de cualquier lío.

-Ya sabes que no. Además, no soy inteligente; el sistema es el imbécil, lo que es muy diferente. Los abogados como yo subsistimos gracias a que los jueces, o son flojos, o son estúpidos. Mi único mérito es conocer cada vericuerdo de la ley, lo que no es gran cosa. Pero en este asunto presiento algo que...

-Entiendo. Y no te preocupes. Actuaré con cuidado.

Salió de los tribunales. Fuera estaba Salgado con su ayudante, el mudo.

-¿Cómo te fue?

-Perfecto. Matías maneja muy bien estos asuntos. Hasta el juez me ofreció un soborno.

-¿Qué?

-Cómo te digo. Fue muy elegante, claro está.

Salgado hizo una seña a su ayudante para que se fuera.

-¿Ese tipo es mudo? -le preguntó el cojo.

Salgado soltó una carcajada.

-No. Habla poco. Su mujer habla por él, y por unos cuantos más. Creo que considera una virtud el guardar silencio.

-Conozco el tipo.

-Pero no es un mal hombre. Es un buen policía. Y honrado.

-¿En serio?

-No seas sarcástico. ¿Te vas a retirar del caso?

-Nop...

-Pero... ¡Eres muy estúpido!

-Eso me decía siempre mi mujer.

-Y tenía razón. Olvídate de esto. Puede ser peligroso.
-No lo creo. Sólo quiero hablar con la muchacha y...
-¿Hablar con ella?
-Sí, ¿por qué?
-¿Crees que está viva?
Gamboa decidió no comentar sus adelantos en el caso.
-Prefiero pensar que sí. Si no, tendré que darles una muy mala noticia a los padres y no tendré valor para cobrarles el resto que me deben.
-Eres...
Pero el cojo dio media vuelta y se marchó. No quería que Salgado le siguiera estirando la lengua.

VIII

¿De dónde sacaría los doscientos mil pesos para pagar a la muchacha? Por otra parte, no pensaba acostarse con ella así que no necesitaría la plata. El problema era que no le había quedado un peso ni para almorzar, así que decidió que era momento de hacer una visita que debía hacer mucho.

Tatiana, su ex mujer, vivía en un lujoso departamento pagado por su actual marido que era un ejecutivo importante. Además, estaba muy hermosa.

-Pasa -le dijo amablemente.
-Estás muy linda -dijo el besándola en una mejilla.
-¿Necesitas dinero?
Gamboa la miró fijamente.
-¿Por qué crees que solo vengo a pedirte dinero?
-¿No es lo que haces siempre?
El cojo se dejó caer en el sofá.
-No. Solo necesito almorzar.
-Es decir, no tienes ni para comer -dijo ella con un dejo triste-. Luego vendrán los niños del colegio, así que comamos algo en la cocina. Y me cuentas que estás haciendo.
-Prefiero no hacerlo.
-¿Estás en algo turbio?
-Bastante. Pero no creas que me he convertido en delincuente.
-Siempre estuviste muy cerca de serlo. Necesitas vivir en el riesgo, la aventura. Lo sé bien.
-Pero no soy un canalla.
-Eso también lo sé. Solo que yo no pude soportarlo.
Había cierta nostalgia en el tono y el cojo lo notó. Se sentó a la mesa y aspiró el aroma a comida casera que salía de la olla. Hacía ya tiempo que no comía algo decente.
-Lo sé -dijo él con suavidad-. Y créeme que me he arrepentido mucho por todo...
-No debes. Creo que estamos mejor así. Somos buenos amigos, ¿no?

EL COJO GAMBOA

-Eso espero. ¿Cómo están tus niños?

-Bien. Son sanos e inteligentes y eso es suficiente.

-¿Y tu marido?

-En sus negocios. Le va bien. Es muy trabajador y muy hábil. Podría conseguirte un buen empleo...

-No. Ya lo hemos conversado. No me sentiría bien que el marido de mi ex mujer me diera un trabajo de caridad.

-¡No sería así y lo sabes! Renato te estima. El problema es tu estúpido orgullo.

-No comencemos...

Ella sonrió.

-Está bien. No sé por qué me preocupo por ti. Siempre me he sentido como tu madre...

-En eso estamos de acuerdo.

Se sentaron y comenzaron a comer.

-Esto está delicioso.

-¿Cuánto llevas sin comer algo decente?

-Bastante tiempo.

-Te estás matando.

-¿No podemos hablar de algo más simpático?

-Perdona. Pero me preocupas...

-¿Todavía me quieres?

Ella le tomó la mano.

-Siempre te he querido, tú lo sabes. Pero somos incompatibles como pareja.

-Eso es cierto.

-Prefiero una vida tranquila, sencilla, doméstica... Tú siempre estaban pensando en una nueva aventura, un nuevo desafío. Por eso me agoté.

-Hiciste bien. Debo confesarte que siento que no voy a ningún lado. Pero, francamente, me importa un pepino.

-¿Qué estás haciendo ahora? ¿Sigues con tus casos?

-Cada día están más escasos.

-La gente prefiere agencias establecidas. Deberías hablar con Renato...

-No volvamos a lo mismo, por favor.

-No. Me refiero a que quizás el podría interesarse en montar una agencia. Tiene muchos negocios y empresas que necesitan esos servicios...

-Yo no hago vigilancia. Además, no soy un administrador. Tú, mejor que nadie, lo sabes. Quebraría a los dos días.

-Eres imposible.

Se abrió la puerta de vaivén y una cabecita rubia se asomó.

-¡Hola, tío "C"!

-Hola ricura -le dijo él a la niña.

Ésta entró y se encaramó sobre su tío, besándolo en una mejilla. Tras ella apareció

otra cabecita rubia, Nicolás.

-¿A cuantos bandidos has matado hoy? -le preguntó con una sonrisa.

-A ninguno. Yo no hago eso.

-Eres su superhéroe -le dijo Tatiana.

El cojo le sonrió al muchacho.

-Tienes un pobre modelo, jovencito.

Sintió que debía marcharse. Ver a esa mujer hermosa y esos bellos niños le hacía sentirse mal, lamentar su idiotez, su falta de madurez. Era como una bofetada que le mostraba lo que se había perdido.

Mientras los niños almorzaban, Tatiana lo acompañó a la puerta.

-No hagas tonterías -le dijo- ni te metas en problemas.

-Bueno, mamá.

-Idiota... ¡Toma! -dijo y le metió unos billetes en el bolsillo.

Gamboa se sintió mal, pero no los rechazó. Además, ella era una mujer moderada con muchísimo dinero que jamás gastaría. No tenía para ella demasiada importancia y eso lo reconfortaba.

-Gracias. Y pensaré en lo que me dijiste. Los años van pasado y...

-Lo sé. Cuidate mucho, por favor -le dijo ella y le besó suavemente en los labios.

El cojo tuvo deseos de besarla con fuerza, con toda la pasión con que lo había hecho hacía muchos años, pero se contuvo. Ya no era posible. Era mejor una bella amistad que un inútil romance. Además, ¿qué podría ofrecerle?

IX

Para matar el tiempo se metió en un cine. Era una de esas películas de agentes secretos en que el "jovencito" es perfecto en todos los sentidos; gimnasta, gran tirador, experto en artes marciales, honrado hasta la estupidez, un caballero con las niñas y siempre diciendo cosas inteligentes. Pensó en sí mismo. Era un gran tirador, había recibido un duro entrenamiento de comando y conocía las artes marciales, pero no era tan honesto, no era muy caballero con las niñas y rara vez se encontraba con alguien a quien decirle cosas inteligentes. Ahora mismo debía entrevistar a una muchachita que se pensaba estaba muerta, tendría que darle un susto y tratar de saber que estaba sucediendo. Y eso no era muy caballeroso. Pero la chiquilla tampoco era una dama...

Llegó media hora antes al motel y esperó en la habitación. Un poco antes de la hora sintió que abrían la puerta y se colocó tras ella.

Una muchacha entró. Gamboa cerró la puerta y la observa. La chiquilla sonrió.

-Tú no eres Paula -dijo él.

Ella le miró sorprendida.

-Si. Yo...

Pero el cojo la tomó por los hombros y la arrojó sobre la cama.

-No me mientas. No soy imbécil -le dijo con su tono más agresivo-. Tú eres Marta,

EL COJO GAMBOA

la hija de Roxana.

-No... Yo soy Paula...

La tomó por el cuello y se lo apretó con cierta violencia.

-¿Qué pasó con Paula? Quiero saberlo. Y me lo vas a decir o lo vas a pasar muy mal.

-Por favor... Me duele...

-Y te va a doler más todavía.

-De acuerdo... Le diré...

Gamboa la soltó y la muchacha lanzó un grito. Él le propinó una soberbia bofetada que la arrojó de espaldas.

-No me hagas portarme mal, chiquilla. Es mejor que digas la verdad. No tendré ninguna consideración especial contigo.

La niña comenzó a llorar. Gamboa se recostó a su lado.

-¿Qué pasó con Paula? -insistió.

-No lo sé... En serio... Es la verdad.

-¿Trabajaba en esto también?

-Sí...

-¿Por qué?

-Porque estaba aburrida con sus padres. Ellos son viejos ya y no la dejaban ir a ninguna parte, ni a fiestas, a nada. La dejaban salir conmigo solamente.

-De la sartén al fuego.

-¿Qué?

-Nada. ¿No sabes dónde está?

-No. Y me preocupa...

-¿Por qué?

-Porque es mi amiga.

-La noche que desapareció ¿salió con un cliente?

-Sí. Un tipo importante.

-¿Quién era?

-No tengo idea. Nunca nos dicen quienes son.

-¿Nos dicen? ¿Quienes eligen los clientes?

-Mi mamá... Y Estefanía.

-Entiendo.

-¡Oh! Mi mamá me va a matar.

Gamboa se puso de pie. Sacó de su bolsillo los billetes que le diera Tatiana y que sumaban algo más de lo necesario.

-Toma. Y no le digas nada a tu madre, por tu bien. Creo que las metieron en un asunto muy sucio y peligroso.

La muchacha lo miraba con cautela.

-¿Que hago?

-Quédate aquí un par de horas. Llévale el dinero a tu madre y no te preguntará na-

da.

-¿No te vas a quedar?

El cojo se le acercó y la besó en la misma mejilla que la había golpeado.

-En un par de años, si te interesa, búscame.

Y salió cerrando suavemente la puerta.

X

Decidió ir a su departamento a cambiarse ropa. Nuevamente estaba casi sin dinero y no había avanzado mucho en el caso. Tendría que hacer una "visita de estilo", a su estilo. Roxana tendría que soltar la lengua o le partiría la cara, lo que no le molestaba. Una madre que prostituye a su propia hija para obtener beneficios merece una buena paliza... O más.

Cuando llamaron a la puerta pensó que tendría que enfrentarse a Salgado y su ayudante mudo, pero se equivocó.

Era Julieta.

Tenía los ojos hinchados y rojos y le temblaban los labios.

-¿Qué haces aquí? -preguntó él.

-Necesito que me ayude...

-Pasa...

La muchacha entró, se sentó en un sillón viejo y se puso a llorar.

-¿Qué sucede? ¿Le pasó algo a Marta?

-Usted debe saberlo. Estuvo con ella.

Gamboa sintió que se le helaba la sangre.

-¿Le pasó algo grave?

Julieta se secó las lágrimas.

-Roxana supo que había ido a juntarse con usted. Lo reconoció por la descripción que le hizo Estefanía.

-¿Y?

-Golpeó a Marta. Le sacó la cresta... La pobrecita quedó muy mal.

-¿Está en la posta?

-No. La encerró en la pieza. Roxana está loca...

-Me imagino. ¿Por qué me mentiste?

Julieta le miró con sus azules ojos redondos.

-No lo hice.

-No me dijiste que eras del grupo.

-Eso no... Pero le dije lo demás.

-¿Por qué?

-Porque quería terminar con esto. Roxana es peligrosa. Fui muy idiota cuando me metí con ella.

-Estoy de acuerdo. ¿Qué quieres ahora?

-Necesito que me ayude. Si averigua que yo hablé con usted, me mata. Puedo pagarle...

Dijo y abrió su bolso. Había allí bastante dinero.

-¿Qué pasó con Paula?

Julieta se puso a llorar con sollozos.

-Murió... -dijo entre hipadas.

-¿Roxana?

-No... Fue un cliente. Un viejo bruto que las prefiere niñas y le gusta maltratarlas.

-¿Sabes quién es?

-No... Solo sé que es un juez...

Gamboa abrió los ojos.

-¿Lo viste alguna vez?

-No.

-¿Cómo sucedió?

Julieta se limpió la cara.

-Esa noche estábamos en casa de Roxana cuando llamaron por teléfono. Ella y Estefanía se encerraron en la pieza. Marta estaba con otros clientes y no supo lo que sucedió. Yo escuché su discusión. Supe entonces que Paula había muerto y que el tipo las llamaba a ellas para que las sacaran de su "refugio", en Rancagua. Estefanía quería ir a la policía, pero Roxana le dijo que no podían, que serían cómplices y la pasarían mal y que de esta otra forma tendrían al juez en la palma de la mano.

-Entiendo. ¿Qué hicieron con el cuerpo?

-No lo sé. Lo tiraron en alguna parte... ¡Oh, es terrible!

Gamboa se colocó su chaqueta de cuero.

-Quédate aquí, apaga las luces y no le abras la puerta a nadie.

-¿Qué va a hacer usted?

-Aclarar todo este asunto. Ya es hora que encierren a esa perra. Y van a caer otras cabezas.

-¿A mí no me pasará nada?

-No te preocupes. Eres menor de edad, lo que es una ventaja.

Y salió cerrando con llave por fuera.

XI

Llamó a Salgado por un teléfono público.

-Necesito un favor.

-¿Qué pasa?

-Ya sé lo que sucedió con la chiquilla. Y creo que sé quien es el que está metido en esto. Necesito que pidas hablar con el juez Ambrosio.

-Pero debe estar en su casa.

-Mejor. Nos juntamos allá. Dame su dirección.

- Gamboa, me estás metiendo en un lío.
- No. Te aseguro que te puede significar un ascenso.
- O un descenso al panteón dijo refiriéndose al archivo.

Cortó la comunicación y memorizó la dirección. Fue a buscar su automóvil y se puso en camino.

La casa del juez era grande y hermosa. Y tenía un carabinero en la puerta. Gamboa esperó que apareciera Salgado para bajarse. Entonces no tuvieron problema para entrar.

Ambrosio los hizo pasar a su estudio.

-Espero que sea algo importante. Hoy es el día que tengo destinado a estar con mis nietos...

-Sé lo que pasó con la chica, Paula...

Ambrosio le miró con suspicacia.

-¿Está seguro?

-Absolutamente.

-Bien. ¿Que tiene?

-Ella y otras dos chicas fueron prostituidas por la madre de una de ella.

-Roxana -dijo Salgado.

El juez asintió.

-Pues bien, a uno de los clientes le gusta el sadomasoquismo, pero se le pasó la mano con la chiquilla y la mató. Roxana y Estefanía se deshicieron del cadáver.

Ambrosio le miró fijamente.

-Me imagino que tiene algo más. Usted es melodramático, Gamboa. Haga su acto final.

-De acuerdo. El cliente en cuestión es un juez...

Salgado le miró con estupefacción. Ambrosio permaneció impassible.

-¿Y usted ha concluido que soy yo? -dijo el juez-. ¿Que por eso me he opuesto a la investigación?

-Es lo más probable, ¿no cree?

Ambrosio se levantó de su silla y se dirigió hacia un muro, deslizó un cuadro y dejó al descubierto una caja de fondos. La abrió.

-Me pone en un predicamento, Gamboa, pero creo que es hora que sepa todo el asunto o no nos va a dejar en paz.

Volvió a su asiento y extrajo de un sobre unas fotografías. Gamboa y Salgado las observaron.

-¡Mierda! -exclamó Salgado.

-Justamente -dijo Ambrosio-. ¡Mierda! Eso es lo que es. Pero, ¿comprende usted las implicancias?

El cojo observó las imágenes que mostraban a un tipo maduro con dos niñas que no debían tener quince años. Mientras penetraba a una, acaricia el sexo de la otra.

-¿Quién es? -preguntó Gamboa.

-¿En qué país vive? -le dijo Ambrosio, divertido.

-Es el juez Alvarado -dijo Salgado.

-Esa es la razón por la cual mantenía tanto secreto, Gamboa -le dijo Ambrosio-. Piense usted en las implicancias. Un ministro de la Corte Suprema, que se presenta como el paladín contra la corrupción institucional, es un pedófilo furioso que termina asesinando a una muchachita. ¿Qué cree que le haría eso al sistema?

Gamboa se puso de pie.

-¿Y que sistema es ese que tapa toda esta porquería?

-No lo estamos tapando...

-¿No? ¿Y que van a hacer? Para salvar al sistema van a jubilar al juez, hacer la vista gorda y que los padres de la chica queden en ascuas. ¿No cree que sea la misma mierda con otro nombre?

Ambrosio lo miró fijamente.

-Créame, señor Gamboa, que estoy totalmente de acuerdo con usted. Pero no podemos hacer otra cosa. Me mortifica terriblemente este asunto. Tengo una nieta que tiene la edad de la víctima y...

-¿Y si hubiera sido ella, qué habría hecho?

Ambrosio guardó silencio un momento.

-Si esto se sabe, el sistema colapsa y el daño podría ser más grave. No dejaré que usted comente nada de esto. Si lo hace, lo va a pasar muy mal. Ahora, si nos deja trabajar, arreglaremos el asunto de una forma satisfactoria para todos.

-¿Incluso para los padres?

-Lamentablemente no podemos gratificarlos a ellos. No hay forma. Lo sé. Pero yo hago lo que puedo y lo que creo correcto. Por favor, piénselo.

-No necesito hacerlo.

-Usted podría sernos útil, señor Gamboa. Es muy hábil.

-¿Ahora quiere comprarme, como intentó hacerlo en su oficina?

-Reconozco que fui un tonto al hacerle aquel ofrecimiento. Y no intento comprarlo, sino contratar sus servicios si nos son necesarios.

-No gracias. Olvídelo -dijo Gamboa dirigiéndose a la puerta.

-Creo que deberías pensarlo -le dijo Salgado.

-¿Tú sabías todo esto?

-No tenía idea. Pero el juez tiene razón.

-Y dejarán que el asunto siga igual, la corrupción aumente y todo se vaya a la mierda por mantener vivo un sistema que no sirve. No me parece una propuesta muy inteligente, señor juez.

-Solo le pido que guarde silencio.

-Y si digo algo ¿alguien me va a escuchar a mí? Usted tiene todas las de ganar, señoría. Espero que su conciencia pueda soportarlo. Un criminal y dos prostitutas pervertidas no recibirán castigo por defender su maldito sistema.

Y salió furioso. No era un hombre inmaculado ni mucho menos, pero ese nivel de

injusticia y podredumbre sobrepasaba todo lo que podría pensarse. El problema ahora era protegerse de alguna forma, pues el "sistema" muy bien podía considerarlo peligroso y ponerlo fuera de circulación. Pensó en Julieta y voló a su departamento.

XII

Escuchó ruidos. Entró con cuidado. Julieta estaba en la cama, viendo la televisión.

-¿Algo interesante? -preguntó.

La chiquilla lo miró.

-Nada. ¿Cómo le fue?

-Supongo que bien después de todo. De todas formas, mañana tendré que hacer unas visitas para aclarar algunos asuntos y dejar las cosas en su lugar. Puedes estar tranquila. Quédate en la cama. Yo dormiré en el sofá.

-¿No quieres dormir aquí? -dijo ella con un gesto coqueto.

Gamboa la observó. Era hermosa, joven, muy deseable. Y recordó al juez, al sistema...

-No, gracias. No estoy de humor. Quizás en otra ocasión...

XIII

Una noticia ocupaba la primera plana de los diarios. El juez Alvarado, Ministro de la Corte Suprema, había muerto en la noche anterior, en un accidente carretero cuando se dirigía a su casa en Rancagua -es decir, su "refugio". Un camión estrelló el automóvil del juez, quien viajaba solo. El camión se dio a la fuga. El país estaba consternado ante el hecho, pues perdía a un honorable juez, incansable luchador contra la corrupción.

En otra página salía otra noticia menor referente a dos prostitutas que habían sido arrestadas por tráfico de drogas.

Gamboa se sonrió. Sin duda que él había sido el gato que se había metido en el nido de ratas. Y las cosas se habían arreglado, de algún modo.

Sonó su teléfono.

-¿Gamboa? Habla salgado. ¿Viste el diario?

-¿Tienes algo que ver?

-¡Claro que no! Pero, algo es algo.

-Sí. Algo es algo...

-Además, el juez me dio una recomendación, por lo que me ascenderán pronto. Te lo debo.

-No me debes nada.

-Otra cosa. En el Instituto Médico Legal hay un cadáver de una niña sin reconocer. Quizás deberías hablar con los padres de Paula...

Gamboa cerró los ojos.

EL COJO GAMBOA

-Lo haré...

Lo increíble fue que los viejos se ganaron el Loto. ¡Cuatrocientos millones! Ellos piensan que fue el espíritu de su hijita la que les envió este regalo. El cojo sabía que no era así. Tampoco él podía pensar en el viejo pascuero cuando, después de ir a dejar a Julieta a su casa y volver a su departamento, encontró un sobre con un par de millones en billetes.

Todos habían sido gratificados. Hasta el sistema.

Tomó el dinero.

-¡Que mierda! -dijo.

Y se dirigió al *pub* más cercano a buscar un par de chicas...

TODO QUEDA IGUAL

I

Eran las tres de la tarde cuando regresó a su departamento. El calor era insoportable en la calle. El pavimento hervía. Por eso sintió un especial agrado al entrar a aquel pasillo mal iluminado pero perfectamente fresco.

Pensó en darse una ducha y tirarse desnudo en la cama para dormir una buena siesta. Ya de noche haría un recorrido por los Pub en busca de alguna chica nueva. Pero llamaron a la puerta y su situación cambió.

El tipo era de aspecto atractivo, bien vestido y ademanes muy educados, de aquellos que aprenden los que no han nacido con ellos y que, por lo mismo, resultan algo siúticos.

-¿Señor Gamboa?

El cojo cerró los botones de su camisa.

-¿Quién lo busca?

-Mi nombre es Andrés Serrano y quisiera hablar con el señor Gamboa.

-Soy yo. ¿Qué quiere?

-¿Puedo... pasar? -dijo después de echar una ojeada al interior y haciendo un imperceptible gesto de que no le había agradado.

-Claro.

-Necesito contratar sus servicios.

-¿De qué se trata?

-En realidad, yo no soy el cliente. Vengo de parte de... él.

-¿Y por qué no vino él directamente?

-Es algo complicado. ¿Tiene usted tiempo en este momento?

-No, en realidad. Pensaba darme un baño y dormir una siesta. Hace demasiado calor para cualquier cosa.

-Estoy de acuerdo. ¿Estaría bien a las diez...?

-¿Esta noche?

-Así es -El tipo sacó una libreta y anotó una dirección-. En este lugar. Debo, eso sí,

advertirle que es un asunto absolutamente confidencial.

-Siempre es así -dijo Gamboa con algo de fastidio.

-Entiendo. Lo esperamos, entonces.

Y le tendió la mano. El cojo se la estrujó con premeditación, sólo para hacerlo sentir disminuido. Le desagradaban esos modelitos que quieren aparentar lo que no son, aquellos que, para calzarse sus finos zapatos de cien mil pesos, debieron quitarle las hojotas con un chope.

II

Le extrañó que la dirección que le diera Serrano correspondiera a una bodega abandonada en Conchalí. Pensó que debería haber llevado a su secretaria, una Block 9 milímetros que lo había salvado de algunas situaciones difíciles, pero era demasiado bulto.

Una pequeña puerta pintada de color verde se abrió y Serrano se asomó, haciéndole una seña con la mano. Gamboa se bajó de su automóvil y caminó hasta él.

-Gracias por venir -le dijo-. Pase. Lo están esperando.

Entró con sigilo. No quería verse sorprendido. El tipo caminó delante de él hasta cerca de una mesa donde había una lámpara con una luz mortecina. Gamboa pudo notar la silueta de una persona.

-Él es Gamboa -dijo Serrano a la silueta y le hizo una seña al cojo para que se sentara.

Éste no le hizo caso.

-Gracias por venir, señor Gamboa -dijo la silueta con una deliciosa voz femenina.

Entonces se acercó a la mesa y el cojo vio a una mujer de unos treinta y cinco años, hermosa y bien vestida.

-Disculpe si le parezco algo brusco -dijo el cojo-, pero quisiera saber para qué todo este misterio.

-Necesito de sus servicios -dijo la mujer-. Y comprenderá que debe ser muy confidencial debido a mi posición.

-Lo lamento -dijo el cojo-, pero desconozco su... posición.

-¿No me conoce?

Gamboa metió las manos en los bolsillos.

-Veo poca televisión y los diarios solo los hojeo. No tengo idea quién es usted.

-Entiendo. Mi nombre es Mónica Sinclair. ¿No me ubica?

-Nnnnop... Aunque lo he escuchado.

-Soy diputada, señor Gamboa.

-¡Ah! ¿Por eso tanto secreto?

-El problema lo amerita -dijo y se sentó, indicando a Gamboa que la imitara.

Éste obedeció. Luego vio que la mujer hizo una seña a Serrano para que se alejara.

-Como veo que usted sabe poco lo que sucede en el país, deberé explicarle el asun-

to. Desde que asumí mi puesto he estado dedicada a desenmascarar la red de tráfico de drogas en el Congreso. Logré que se creara una comisión al respecto y comenzamos a tener algunos éxitos. Esto asustó a algunos.

-¿La han amenazado?

Ella miró a Gamboa con detención y después se inclinó.

-Me están chantajeando para que no siga con esto.

-¿Y qué tienen en su contra?

-Eso prefiero no decirlo.

-Entonces estamos perdiendo el tiempo. No me gusta trabajar a ciegas. O me cuenta todo para saber a qué atenerme, o me largo.

La diputada abrió su bolso y sacó una cajetilla de cigarrillos. Ofreció una a Gamboa. Fumaron durante un minuto en silencio. El cojo decidió esperar con calma hasta que la mujer estuviera lista para decir lo que debía.

-Verá, señor Gamboa. A mí no me agradan los hombres...

-¿Es lesbiana?

Ella dio un respingo.

-Veo que le gusta hablar directo.

-Me aburre la semántica.

-De acuerdo. Si. Soy lesbiana. Pero no soy una degenerada. Llevó una relación estable desde hace cinco años con la misma persona.

-Más que muchos matrimonios normales.

-Así es. Y ello no afecta mi criterio. Pero esto alguien lo supo y ahora lo está aprovechando en mi contra.

-¿Y no cree que es mejor confesarlo y terminar con tanto misterio?

-Quisiera hacerlo, pero ello afectaría mi carrera política. No votarían por mí.

-Yo lo haría.

La diputada sonrió agradecida.

-El país no tiene su amplitud de criterio.

-Eso es cierto. ¿Qué quiere que haga?

-Alguien tiene algunas fotografías mías... comprometedoras. Quisiera que usted las recuperara.

-¿Quién las tiene?

-No lo sé. Solo lo sospecho. El senador Peralta es quien más se opone a mi gestión y me ha hecho varias veladas amenazas. Supongo que es él.

-Eso es muy poco.

-Pero podría comenzar por allí.

-¿Cómo? ¿Voy a su casa y le digo que me dé las fotos? No creo que sirva de mucho.

-Comprendo que no es fácil, pero créame que lo gratificaré bien.

-¿Y de qué me serviría si me meten en la cárcel por calumniar a un senador, por hostigarlo y quién sabe qué más? No, señora. Lo siento. Usted no necesita un detective

sino un mago... O un vidente...

-Señor Gamboa, por favor, ayúdeme. Yo quiero hacer un bien a este país. Quiero terminar con la corrupción en el sistema o, por lo menos, moderarla. Si no se hace algo, pronto la enfermedad podría hacerse incurable.

-Estoy de acuerdo. Y creo que ustedes, las mujeres, son las únicas que pueden arreglar el asunto. Pero con lo que usted me dice no podría hacer mucho.

-¿No podría acercarse al senador Peralta y tratar de averiguar algo?

Gamboa lo meditó un instante.

-Está bien -dijo finalmente-. Lo intentaré, pero no prometo nada.

-Gracias -le dijo ella poniendo una de sus manos sobre las del cojo.

Después abrió su bolso y sacó un sobre. Por su tamaño, el cojo calculó una buena suma de dinero.

-Aquí tiene un adelanto -le dijo-. Si necesita más, solo hable con Andrés. Debo advertirle que él no sabe nada de este asunto.

-¿No confía en él?

-No confío en nadie en este asunto.

-Pero confía en mí.

-No tengo alternativa.

III

¿Cómo acercarse al senador? Era viudo y tenía una linda hija de diecinueve años, Carolina, que estaba en la Universidad. Eso le dio una idea, algo arriesgada, pero que podía ser efectiva. El guatón Cevallos le debía algunos favores y podría ayudarlo pres-tándole un par de sus hampones.

Carolina se encontraba en el Parque Arauco haciendo unas compras. Tal como lo habían planeado, los dos tipos esperaron que la chiquilla se fuera al estacionamiento a buscar su automóvil. Allí le hicieron una encerrona para robarla. En eso estaban cuando aparece Súper Gamboa y les da a los tipos un par de bofetadas y los hace arrancar. Quizás se le pasó la mano en su defensa de la niña, pues uno de los tipos se quejó con demasiado realismo, pero cumplieron con lo suyo.

-¿Se encuentra bien? -le preguntó cínicamente.

-Si... Gracias...

-No debería andar sola, señorita. Váyase a su casa.

-Si...

La chiquilla estaba muy asustada y nerviosa. Sus manos temblaban.

-No creo que pueda conducir -le dijo él-. Déme las llaves del auto.

Ella obedeció y subieron al vehículo. El cojo le pidió le diera su dirección y se fueron.

IV

-Le estoy muy agradecido -le dijo el senador, un tipo de aspecto amable pero distante-. ¿Cómo podría gratificarlo?

-No se preocupe.

-¿En qué trabaja usted? -le preguntó.

-Soy detective privado -contestó el cojo.

-¿Detective? ¿Trabaja en el Parque Arauco?

-No. Soy independiente. Se dio la casualidad que estaba allí en ese momento.

-Si. Fue muy oportuno. Los delincuentes, hoy día, son muy peligrosos.

-Así es.

El senador guardó silencio un momento.

-Quizás podría contratarlo...

-¿Necesita mis servicios?

-Yo pensaba en mi hija. Para que la cuide.

-Disculpe, pero no hago trabajos de guardaespaldas.

-Le pagaría bien.

-No, gracias -insistió Gamboa, pero sin vehemencia.

-Sucede que ella irá de vacaciones a nuestra casa en Vichuquén con unas amigas.

Yo no puedo ir y preferiría que no estuvieran solas.

-Comprendo.

-Acepte, por lo menos, durante ese tiempo. Una semana, cuando mucho.

Gamboa hizo como que lo pensaba.

-¡De acuerdo! Mis honorarios...

-No se preocupe -le interrumpió el político-. Le pagaré bien.

No quiso insistir. Por lo demás, ya le estaban pagando por ello pero si no cobraba, podría resultar demasiado sospechoso.

V

El automóvil era un Rover 760 Si, equipado con todo lo que un vehículo pudiera desear. Aunque le había abierto la puerta trasera a la muchacha, ésta pasó por su lado y se sentó en el asiento del acompañante. Gamboa se colocó tras el volante.

-Tengo que ir a la universidad -dijo ella.

-Bien.

-¿Así que eres detective privado?

-Es mi trabajo.

-¡Que entretenido!

-No lo es tanto.

-¿Has matado al alguien?

Gamboa la miró con desagrado. La impertinencia de los jóvenes era algo que me

molestaba sobremanera.

-A unos doscientos...

-Mentiroso.

-No preguntes.

-¿Por qué tanto misterio?

-No es misterio, pero hay cosas que no se deben preguntar. Ustedes, los jóvenes de hoy, no tienen tino...

-¿Importa eso?

-Mucho. Tiene que ver con el respeto.

-No quería faltarte el respeto.

-Está bien.

-¡Ah! Lo olvidaba. Mi papá te mandó este celular para que nos podamos comunicar.

Gamboa lo miró. Era de los más sofisticados del mercado. Lo metió en su bolsillo y enfiló hacia los estacionamientos del campus.

-Te espero aquí -dijo él.

Carolina se bajó y entró al edificio.

El cojo sacó un periódico y comenzó a revisar las noticias. Una de ellas mencionaba a la diputada Mónica Sinclair y su cruzada contra la droga en el Congreso. El periodista destacaba sus esfuerzos y, a la vez, hacía notar las dificultades que enfrentaba. La mayoría de los políticos se sentían ofendidos por las acusaciones a granel. Gamboa pensó que si nada hacían, ¿por qué se ofendían? ¿No debían colaborar a mantener la limpieza del sistema? Sin duda que la porquería abarcaba un radio amplio.

Su nuevo celular comenzó a repiquetear.

-Aló...

-¡Gamboa! -escuchó decir a Carolina-. Un tipo me esta persiguiendo.

Bajó de un salto del automóvil.

-¿Dónde estás?

-Voy al gimnasio. ¡Apúrate!

Corrió hacia un grupo de jóvenes y les consultó la ubicación del lugar.

Era un galpón grande. Entró, pero estaba vacío. Entonces notó que una de las puertas que daba a los baños estaba entreabierta. Corrió hacia allá y la abrió. Escuchó voces. Caminó con sigilo y se dirigió al baño de hombres.

Carolina estaba de espaldas a la pared y un tipo de aspecto atlético la tenía sujeta por un hombro. Sin pensarlo dos veces, Gamboa se acercó al tipo y le dio un soberbio puñetazo en la nuca. Lo tomó de la camisa, lo arrojó hacia atrás y le propinó otro puñetazo en el rostro. La sangre saltó de las narices del tipo.

-¡No!

El grito lo había lanzado Carolina. Gamboa se aprestaba a rematar al sujeto cuando ella se arrojó sobre él.

-¡Déjalo, imbécil!

El cojo la miró extrañado. Dejó caer al tipo al suelo y entonces notó que era un muchacho. Carolina se agachó sobre él. Otros tres jóvenes aparecieron de los escusados.

-¡Lo siento...! -dijo ella al muchacho maltratado.

-¿Puedo saber que sucede? -preguntó Gamboa.

-¡Era una broma, idiota! ¡No tenías que pegarle!

El cojo se afirmó en la pared y miró a la pareja. Carolina sacó papel higiénico y ayudó al muchacho a detener la sangre.

-Es mejor que vayas a la enfermería -dijo el cojo al chico-. Y tú -se dirigió a Carolina-, ven al auto.

Y salió.

Diez minutos después apareció la chiquilla. Estaba furiosa.

-¡Para qué le pegaste de esa forma! -le gritó por la ventanilla.

Gamboa se bajó del automóvil y se le acercó.

-Eres una mocosa estúpida -le dijo él- y debería darte unos golpes.

-¡Es lo que te gusta hacer!

-¿Por qué hiciste todo eso?

-Solo... Solo quería...

-¿Sabes que pude haber matado a ese chiquillo? Esto no es un juego, mocosa idiota. Vamos a casa. Tu padre deberá buscar a otro imbécil que te cuide.

Se sentó tras el volante y encendió el motor. Carolina se sentó a su lado.

-Ponte el cinturón -le ordenó.

-Me molesta.

-O te pones el cinturón o te estrangulo con él, ¿está claro?

Carolina le miró con odio y obedeció.

Varias cuadras más allá la muchacha comenzó a moverse con nerviosismo. Recién comenzaba a darse cuenta de lo que había hecho.

-Está bien -dijo finalmente-. Es mi culpa... Lo admito. Pero, por favor, no le digas a mi papá...

-Tendré que hacerlo. No puedo renunciar porque sí...

-No renuncies. Te prometo que no volverá a suceder.

-No, muchachita. Los jóvenes de hoy son demasiado irresponsables para mi gusto. Creen que todo es juego, todo es divertido, no respetan nada, no creen en nada y terminan destruyéndose a sí mismos. No quiero ser cómplice de ello.

-No seas tan dramático.

-Lo que sucedió en el gimnasio fue dramático. Quizás le fracturé la nariz al muchacho.

-No -dijo Carolina y sonrió-. Dijo que tenías una mano de concreto. Lo tomó con humor...

-Pero yo no. Algunos juegos son peligrosos y no deben jugarlo mocositas irresponsables.

-Reconozco que no fue muy inteligente.

-Fue estúpido.

-¡Ya! No sigas insultándome o yo te despido.

-No es necesario.

-¿Insisten en renunciar?

Gamboa meditó sobre su situación. No podía hacerlo sin perder la oportunidad de investigar su caso.

-De acuerdo. No le diremos nada a tu padre. Pero tú me vas a jurar no hacer más idioteces.

-¡Lo juro! -dijo y le besó en una mejilla.

VI

Para el viaje a Vichuquén el senador le designó un Jeep Cherokee, otro de los seis vehículos de lujo que poseía. Carolina iba sentada junto a él y en el asiento trasero sus amigas Verónica, una rubiecita de aspecto bobalicón, y Mariela, una morena estupenda de ojos color caramelo y mirada inteligente, la mayor del grupo, empleada de la Universidad.

Estuvieron contando chismes todo el viaje, lo que divertía a Gamboa. Entonces supo que algunas muchachas se acostaban con sus profesores para mejorar sus promedios. Varios estudiantes que venían de provincia trabajaban como putos. El jefe de una de las carreras era maricón y se había aprovechado de más de un ingenuo estudiante. Una profesora tenía fama de ninfómana. Gamboa pensaba en qué momento estudiaban y, si lo hacían, que mierda aprendían. Por lo que escuchaba, y aunque fueran exageraciones, las universidades iban camino a convertirse en intelectuales prostíbulos.

Al llegar al lago las muchachas cambiaron de tema y comenzaron a platicar sobre las ropas y bikinis que estrenarían. Gamboa siguió las indicaciones de Carolina y se detuvo frente a una hermosa cabaña de madera, con una vista sensacional y con playa propia.

Bajaron las maletas. Carolina se dirigió a la puerta y, metiendo la llave en la cerradura, la abrió. Después de eso, dejó caer la maleta y quedó paralizada. Gamboa la hizo a un lado y entró.

Era un caos. Todo estaba revuelto y destruido.

-¡Una tormenta! -dijo Mariela.

Gamboa se acercó al teléfono y lo descolgó.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Carolina.

-Llamar a la policía.

-No. Llamaré a mi padre. Él sabrá que hacer.

Gamboa colgó y se dirigió al interior de la cabaña. Todo estaba igual, revuelto o destruido. Se dio cuenta que no era puro vandalismo y que no habían intentado robar, puesto que el televisor y un buen equipo de sonido estaban en su sitio. Estaban buscando algo. Recordó las fotos de las que le hablara la Sinclair.

-Papá viene en camino -dijo Carolina a su espalda-. Llegará pronto.

Las otras muchachas volvían a su sitio algunos muebles. El cojo buscó el dormitorio del senador. También estaba revuelto. Una cómoda estaba sin cajones, los que se encontraban desparramados en el piso. Observó con cuidado pero no encontró nada relacionado con su caso. Quienes habían entrado, o ya tenían lo que buscaban, o no lo habían hallado. Decidió ayudar a las muchachas y esperar al senador.

Una hora después hizo su aparición. Había hecho el viaje en avioneta. Al entrar se puso absolutamente pálido y, como un zombie, partió en dirección de su dormitorio. Gamboa lo siguió. Lo vio acercarse a la cómoda, la que desplazó hacia adelante. Después de agachó, levantó un tablero y abrió una caja de fondos que había en el piso. El cojo lo vio inclinado, revisando con cuidado el contenido.

-¿Algún problema? -preguntó.

El senador se volvió con rapidez y abrió los ojos.

-¿Qué hace aquí?

-Trabajo para usted.

-¡Salga de mi dormitorio! -gritó el tipo.

Gamboa se encogió de hombros y se retiró.

Cinco minutos después apareció el senador en la sala con un bolso.

-No falta nada -dijo con recuperada calma.

-¿No cree necesario llamar a la policía? -preguntó Gamboa.

-No es necesario. Prefiero que no se sepa esto porque voy a tener a los periodistas encima, haciéndome preguntas estúpidas.

-Entiendo.

-Lo dejo a cargo, Gamboa. Cuide a las muchachas.

-No se preocupe -dijo él.

El senador, después de despedirse cariñosamente de su hija y de hacerle todas las recomendaciones paternas del caso, salió en dirección a una camioneta que lo esperaba para llevarlo al aeródromo.

VII

Las muchachas no dieron muestras de haberse inquietado con el incidente. Después de poner orden en la cabaña se fueron a nadar, comieron algo y, en la noche, Gamboa las llevó al único local de diversión del pueblo, donde se encontraron con otros muchachos y estuvieron bailando hasta las dos de la mañana.

Cuando salieron, Carolina y Verónica estaban algo ebrias. Unos muchachos venían con ellas.

-¡Vamos a seguir la fiesta en casa! -dijo Carolina.

-¡Ni lo sueñes! -la cortó Gamboa.

-¡Oye! ¡Es mi casa!

-Parece que olvidaste lo que hablamos. No más fiesta. Despídanse y vamos a dor-

mir.

Uno de los muchachos, envalentonado por el alcohol, se le acercó.

-Mira, oye... Si nosotros queremos...

El cojo se le acercó. Carolina intervino de inmediato.

-No, déjalo así, Renato.

-No tengo ningún problema en... -comenzó a decir el muchacho, pero Carolina le dio un empujón.

-Mejor cálmate o Gamboa te va a triturar. No seas idiota.

Y se subieron al Jeep. Continuaron cantando y diciendo obscenidades hasta llegar a la cabaña. Pero una vez en sus dormitorios cayeron como un ladrillo y comenzaron a roncar como leonas.

El cojo se sirvió un café al que le echó un poco de un fino coñac del senador. Lo bebió con calma hasta estar seguro que las muchachas dormían a pata suelta. Entonces se dirigió al dormitorio del senador, corrió la cómoda y levantó el panel.

Observó la caja. Era sencilla, con una combinación común, pero quizás demoraría mucho en abrirla. Tomó la manilla y la tiró con disgusto, y la caja se abrió. En su nerviosismo y apuro, el senador no la había cerrado bien.

Había en su interior algunos documentos, papeles y algo de dinero, pero nada más. Puso su atención en un cajoncito con llave. Sacó uno de sus alambres y forzó la chapa. Estaba vacío, salvo por un pedazo de fotografía que había quedado atrapado cuando el senador, nervioso, había sacado todo de allí. La observó. Se alcanzaba a ver una pierna desnuda. No era mucho y no podía identificarse nada ni de la persona ni del lugar donde había sido tomada la foto.

-¿Haciendo un sueldo extra?

Se volvió rápidamente y llevó su mano a la sobaquera, pero se detuvo.

Mariela estaba afirmada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y le miraba con un gesto malicioso.

-Solo estaba investigando.

-En la caja de fondos del senador.

-No es lo que piensas.

Ella caminó hacia él. Vestía un tenue camión translúcido que le permitió darse cuenta que no tenía nada puesto debajo de éste.

-Francamente me importa un bledo -dijo ella y pegó sus labios a los de él.

Gamboa la tomó por los hombros y la retiró con suavidad.

-Vete a dormir.

-No puedo. Necesito hacer ejercicio.

-Puede hacer flexiones...

-Contigo...

-Las muchachas...

-Duermen como troncos. No despertarían ni con una bomba.

No era correcto, no estaba bien lo que hacían, pero la chica sí estaba muy bien.

Gamboa la abrazó con fuerza y la acarició. Ella respondió con rapidez, quitándose el camisón. Por lo demás, se dijo el cojo, si el senador está metido con traficantes, no tiene calidad moral...

VIII

Se despertó muy temprano. Mariela dormía plácidamente a su lado. Se levantó con cuidado para no despertarla y se dio una ducha. Después se preparó un buen desayuno.

Se acomodó, con un café y un cigarrillo, en la terraza, con vista al lago. El amanecer era hermoso y el aire demasiado limpio para sus pulmones, por lo que encendió el cigarrillo y bebió unos sorbos de café. Después tomó el trozo de fotografía y lo observó con cuidado. Había algo extraño en esa pierna que no lograba descifrar. Algo fuera de lugar, pero no pudo determinar lo que era.

Pensó que el asunto se le complicaba. Alguien había entrado a la cabaña en busca de las fotografías, pero no las había encontrado. ¿Serrano? No, porque la diputada no le había informado del asunto. ¿La Sinclair? Probablemente, pero ¿cómo había hecho para ir allí sin que nadie se enterara? ¿Sola? Difícilmente. Pero el asunto era que no habían hallado lo que buscaban, pues el senador se había llevado todo. Y eso le complicaba a él, pues ahora debía averiguar donde mierda las había escondido. No podía revisar su casa, su oficina y todo lo demás, de forma descarada.

Comenzó a maldecir el día que había aceptado aquel caso.

-¡Buenos días! -dijo Mariela con un bostezo.

Gamboa la miró. La muchacha estaba lindísima en la mañana, naturalmente despeinada, sin cosméticos ni pinturas de ninguna clase.

-Estás preciosa -le dijo con su mejor sonrisa.

Ella sonrió con nerviosismo.

-Parece que anoche estuve algo... loca.

-Deliciosamente...

-Eres un encanto... Solo que...

-No te preocupes. Mi boca está sellada para siempre.

-No es eso, idiota...

-Tampoco me voy a enamorar.

-¡Gracias! -exclamó ella con gesto ofendido.

Gamboa la miró fijamente.

-Espero que... -dijo y dejó la frase sin terminar.

Ella le miró un momento y, dando media vuelta, se metió en la casa justo cuando Carolina y Verónica salían, con los ojos hinchados.

-¿Durmieron bien? -les preguntó.

Las dos muchachas hicieron un gesto anodino y se tocaron la cabeza.

-¿Hay café?

El cojo se puso de pie.

-Les iré a buscar. Y eso es para que aprendan a ser moderadas.

Carolina le hizo un gesto obsceno y Gamboa se fue a la cocina.

IX

Pasaron los días. Extrañamente Mariela evitaba encontrarse con él a solas. A él, realmente, le daba lo mismo. Solo lamentaba que la muchacha se sintiera culpable, o algo así. La última noche decidieron salir a celebrar. Comieron algo de la zona que Gamboa no quiso saber que era y después las muchachas se fueron a bailar. Él se quedó dando vueltas por las calles, pendiente de lo que pudiera suceder.

Su preocupación era descubrir dónde el senador había escondido las fotografías. No las llevaría a su oficina pues sería arriesgado que alguien más pudiera encontrarlas. La única opción era su casa, pero ¿dónde? Era una mansión enorme. Sin embargo, las personas acostumbran sentirse seguros en su dormitorio y en alguna otra habitación de uso propio, como el estudio o la biblioteca. Si era así, solo le quedaba un detalle: abrir la caja de fondos donde seguramente las había ocultado. Y esta vez no contaría con la suerte de encontrarla abierta.

Pero algo más comenzaba a molestarle. Su mente perspicaz, siempre desconfiada, le decía que había más de un detalle que se le estaba pasando por alto. Sacó del bolsillo el trozo de fotografía y volvió a observarlo con cuidado con la luz del interior del automóvil. Había algo en aquella imagen que lo intranquilizaba. La pierna desnuda se veía algo rígida. ¿Sería de un cadáver? De ser así, la Sinclair le había mentido y lo estaba metiendo en un asunto complicado y peligroso. Pero, ¿para qué tomar fotos de un cadáver? Por otra parte, si ese era el asunto, no le hubiera encargado a él encontrar las fotos con una mentira que quedaría evidente cuando las tuviera en sus manos. Y a eso se agrega que todo se ve rígido en las fotografías.

Pero presentía que había algo allí que no era convincente, que le inquietaba. Algún detalle que estaba pasando por alto. Algo que, lo intuía, cambiaría absolutamente el asunto. Y sintió temor.

X

El viaje de regreso fue tranquilo. Mariela se quedó en Providencia y a Verónica la dejó en su casa, en Vitacura. Carolina estaba lo suficientemente cansada como para quedarse callada durante el viaje. Ya en casa subió a su dormitorio y no supo de ella. Gamboa preguntó por el senador que estaba en su estudio.

-¿Estuvo bien el descanso? -preguntó el político que miraba la televisión.

El cojo metió las manos en los bolsillos.

-Difícil descansar con tres chiquillas alocadas.

-Lo imagino.

EL COJO GAMBOA

-Si no me necesita me iré a mi casa -dijo y dio una rápida ojeada por el lugar.

-No. Hasta mañana.

En eso, en las noticias apareció la diputada Sinclair. Gamboa observó al senador el que permaneció impasible.

-Esa mujer... -dijo en un susurro.

-Parece que ustedes no se llevan bien -dijo Gamboa, con intención.

-No es eso. Es una persona notable, pero desatinada.

-No entiendo.

-Ella cree que está haciendo un bien, pero en realidad esta causando un gran perjuicio.

-¿Por que quiere terminar con la droga en el Congreso?

El senador le miró un instante, como meditando si hacer o no un comentario.

-Créame que en eso estoy totalmente de acuerdo con ella -dijo con seguridad-. Pero no es el momento oportuno ni la forma adecuada. Esta mujer quiere publicidad, nada más. Y, además, coquetea con todos los parlamentarios jóvenes.

Gamboa dio un respingo. ¿Qué significaba eso?

-¿En serio? -comentó para continuar la conversación.

-No me gustan los chismes -dijo el senador-, pero no se dicen buenas cosas de ella.

-¿Como cuales?

-No las voy a repetir -concluyó-. No me interesan los líos de mujeres...

Gamboa se dio cuenta que la conversación había terminado. Se despidió amablemente y se fue.

Le extrañó el comentario de Peralta respecto de la coquetería de la Sinclair. ¿Por qué decía algo así si tenía las fotografías que demostraban que era lesbiana? ¿O no eran esas las fotografías? Entonces fue cuando tuvo una corazonada. En cuanto llegó a su casa buscó una lupa y colocó el trozo de fotografía bajo la luz, observándola con detención.

Aquello que le había inquietado era apenas una mancha al final de la pierna, justo donde la imagen había sido cortada. Una mancha pequeña que, bajo la lupa, se transformó en un testículo que, por supuesto, las mujeres, por muy lesbianas que sean, no poseen.

¿Le había mentido la diputada? ¿Por qué? ¿Qué significaba todo este estúpido lío? Comenzó a sentirse asqueado. Tomó el teléfono y sin importar le la hora, marcó el número de Serrano.

-Necesito ver a la diputada.

-Llámeme mañana, Gamboa.

-No. Necesito verla ahora.

-Eso va ha ser difícil, pues...

-¡Me importa una mierda, señor Serrano! Si no me comunica con ella ahora, la llamo por mi cuenta.

Notó que el secretario estaba disgustado.

-De acuerdo. Espere mi llamado.
Y colgó.

XI

Nuevamente la bodega. La diputada estaba sentada a la mesa y fumaba con nerviosismo.

-Espero que sea importante -dijo con todo de disgusto.

Gamboa le pasó el trozo de fotografía.

-Peralta tenía las fotos en la cabaña de Vichuquén, pero alguien se metió allí y lo revolvió todo. El senador sacó las fotos y se las llevó. Solo conseguí este trozo, pero extrañamente esa pierna pertenece a un tipo, con testículo y todo.

La diputada observó el trozo de imagen.

-No es mía.

-Eso ya lo sé, a no ser que se haya hecho un injerto.

-No sea insolente...

-No me gusta que me mientan, señora.

-¡No le he mentado!

-¿Y quién es ese tipo?

-No tengo idea -gritó ella-. Le repito que esta no es una de las fotos que me robaron. Las mías eran Polaroid...

Gamboa abrió la boca.

-¿Entonces...? -pero no terminó.

-¿Qué piensa?

-¿Por qué fue a revolver la cabaña de Peralta?

-No sé de qué está hablando.

-¿No fue usted?

-Le repito que no tengo idea...

-De acuerdo -dijo Gamboa. Estaba molesto-. Dígame, ¿de dónde le robaron esas fotos?

-Las tenía en mi departamento. Fue una tontería, lo sé...

-¿Y cómo pudo obtenerlas Peralta?

-Quizás contrató a alguien...

El cojo se rascó la coronilla.

-¿Confía en su... pareja?

-¡Claro! Ya le dije que...

-Sí. Son cinco años. Ya lo sé.

-Y nadie más va a mi casa.

-¿Nadie?

-No. Excepto, claro, Andrés, de vez en cuando.

Gamboa entrecerró los ojos.

EL COJO GAMBOA

-¿Desde cuando lo conoce?

-Ha trabajado conmigo por varios años... ¿No estará pensando que...?

-Desconfío de todos. Aún de su pareja, aunque tuvieran quinientos años juntos.

Los seres humanos son extraños, poco confiables.

-Sin duda usted está muy solo -comentó ella con sorna.

-Absolutamente. No sufro decepciones.

-Ni alegrías...

Gamboa caminó hacia la salida.

-Me comunicaré con usted. Hay varias cosas que averiguar.

-Esperaré sus noticias...

XII

A la siguiente noche se le dio una oportunidad. Debió llevar a Carolina a una fiesta, luego de lo cual, sabiendo que la chiquilla estaría allí sin problemas, volvió a la casa del senador, que no estaba lejos. Como le habían dado llaves pudo ingresar con toda tranquilidad. Se dirigió al estudio y abrió la puerta. Todo estaba a oscuras. Se sentó tras el escritorio y revisó los cajones. Luego los libreros, movió los muebles, los cuadros, pero no encontró ninguna caja. Estaba por marcharse cuando se encendió la luz.

-¿Qué hace aquí?

Peralta vestía una fina bata de seda y le miraba con sorpresa.

Gamboa titubeó un instante pero se repuso. Pensó que había llegado el momento de aclarar las cosas.

-Buscaba su caja de fondos -dijo con descaro.

El senador abrió la boca y miró hacia su escritorio donde estaba el teléfono y, seguramente, un revolver. El cojo se adelantó y se interpuso antes que el tipo hiciera amago de moverse. Sacó el trozo de fotografía de su bolsillo y se la pasó.

-¿Podría explicarme esto? -dijo en tono perentorio con la finalidad de hacerle creer que sabía todo.

El senador miró el pedazo de imagen y se derrumbó en su sofá.

-¿De dónde...?

-Eso no importa. Sólo quiero saber que significa...

El senador le miró fijamente.

-¿Cuánto quiere?

Ya lo había atrapado.

-¿Cuánto estaría dispuesto a darme?

-¿Diez millones...?

Gamboa dio un respingo. ¡Sí que era importante!

-¿Quién es? -preguntó señalando el trozo de fotografía con un gesto de la barbilla.

-Un... amigo. Usted comprenderá que esto me dañaría muchísimo, no solo políticamente...

-Lo sé.

-Pero uno no puede cambiar lo que es. Créame que lo intenté. Amé a mi mujer, pero existen aspectos de la naturaleza que no... que no son manejables...

-Comprendo.

-Y con lo *cartuchos* que son en este país, si esto se supiera destruiría mi carrera.

Gamboa ató todos los cabos. En realidad, de casualidad, había descubierto un asunto que no le competía.

-En realidad, senador, me interesa un comino lo que haga con su trasero. Lo único que quiero son ciertas fotografías de la diputada Sinclair.

-¿De quién?

-Ya lo sabe.

-No tengo idea de qué me está hablando.

El cojo lo observó. Parecía sincero. De pronto el senador lanzó una carcajada.

-¡Cielos! –exclamó-. Parece que todos tenemos tejado de vidrio.

-Eso no es una novedad.

-¿Así que la diputada también tiene sus "asuntos"?

-Como todos, senador. Ella me contrató pues le robaron ciertas fotografías y pensó que usted...

-¡Eso sí que es gracioso! Y de casualidad usted descubre...

-Sí. Muy gracioso. Un chiste de diez millones, ¿no?

Peralta se puso serio.

-Le pagaré. No se preocupe.

-No quiero su dinero. Solo las fotos...

-No tengo idea de qué fotos me habla. Jamás haría algo tan vulgar. Entienda, Gamboa; yo comparto las intenciones de la diputada, aunque no sus métodos ni sus criterios.

Gamboa le sonrió.

-Le recomiendo que destruya esas fotos. En su situación no resulta muy inteligente guardar ese tipo de recuerdos.

-Lo sé. Fue una idiotez mía. Y, gracias, señor Gamboa. Lo tendré presente.

-Prefiero que me olvide, realmente –dijo el cojo dirigiéndose a la puerta.

XIII

No pudo dejar de reírse cuando estuvo en su automóvil. Esas eran las paradojas de la vida; uno busca algo y encuentra otra cosa pero, finalmente, todo apunta en la misma dirección: la mierda.

El problema, ahora, era descubrir quién tenía las malditas fotos de la Sinclair. Y eso sería muy difícil, si es que no imposible. Dejó el automóvil estacionado en una calle cercana a Providencia y se encaminó hacia un café. Necesitaba meditar el asunto, saber a qué atenerse. En ese momento vio a Mariela caminando por la vereda de enfren-

te. No pudo cruzar de inmediato, por lo que pudo ver que doblaba en la esquina de Lyon. Cuando por fin pudo cruzar, la había perdido. Sin embargo, continuó caminando por si volvía a encontrarla. Entonces la vio salir de detrás de un kiosco y entrar a un edificio. Apuró el paso para alcanzarla pero, de pronto, notó que ella miraba hacia atrás con inquietud. Aquello le resultó sospechoso y se detuvo.

Desde donde se encontraba pudo verla subir al ascensor y esperó hasta que éste se detuvo, indicando en octavo piso. Entonces entró al edificio. Un guardia se le acercó.

-Disculpe, ¿dónde va?

-Al departamento de la señorita Mariela -dijo con descaro-. Vengo de la Universidad.

El guardia, intentado una mirada de experto inquisidor que no le quedaba, dudó un momento.

-¿No ha llegado todavía? -dijo en todo ingenuo Gamboa-. Si no la espero aquí.

-Si... Llegó hace poco. ¿Sabe cual es su departamento?

-El 803 -dijo Gamboa al azar.

-No. Es el 805.

-¿No me diga! Me dieron mal su dirección. Quizás dónde hubiera ido a parar -dijo en tono divertido.

-Bien. Suba. Le voy a avisar que usted va subiendo. ¿Cuál es su nombre?

-Peralta... -dijo porque fue el primer nombre que se le vino a la cabeza-. Javier Peralta.

Y pensó en la cara que pondría la muchacha pensando que querría el senador allí y la cara que pondría al verlo a él.

No esperó que el guardia le diera el visto bueno y se metió en el ascensor que en ese momento dejaba a un pasajero.

Caminó hasta el 805 y tocó el timbre. Mariela abrió la puerta y sus ojos se desorbitaron.

-¿Usted?

-¿Y quién creía que era? ¿Un senador de la República?

No esperó que lo invitara y entró.

-¿Qué hace aquí?

-La vengo siguiendo desde Providencia tratando de alcanzarla...

-¿Me estaba siguiendo? ¿Por qué?

-No la seguía. La vi de casualidad...

-Debe irse -dijo ella en tono perentorio.

Entonces Gamboa notó que una puerta, seguramente del dormitorio, se cerraba con suavidad. De dos pasos llegó hasta allí y la abrió de golpe.

Mónica Sinclair le miró con inquietud.

-No me diga -dijo Gamboa-. ¿Ella es su pareja?

Hubo un tenso silencio.

-Creo que es mejor que sepa todo -dijo la diputada.

Mariela le miró insistentemente, por lo que Gamboa pudo percibir en ello una súplica, referente a la experiencia de Vichuquén. La muchacha había necesitado un amor más... contundente. Él le sonrió complaciente.

-No necesita explicarme nada, diputada. No es asunto mío.

-No. Me refiero al motivo de que Mariela se encontraba en Vichuquén.

-Eso sería interesante.

-Fui por ayudar a Mónica -dijo la muchacha-. Ella me dijo que usted estaría allí y quise saber si hacía su trabajo y no nos jugaba chueco.

-Yo jamás hago eso -dijo él mirándola fijamente a los ojos. Mariela bajó la mirada.

-Está bien, señor Gamboa. Lo que quiero saber es qué sucederá ahora con todo este asunto.

-Eso quisiera saber yo también. Si quiere encontrar a quién robó sus fotografías, debe pensar en Mariela o en su secretario.

-¡Yo no tengo nada que ver! ¿Para qué haría una cosa así?

-No lo sé, pero podría especular durante un par de días...

-No sea sarcástico, señor Gamboa -dijo la diputada..

-No se trata de ser sarcástico, sino realista. Ya le dije que la confianza es la peor de las desgracias.

-Como sea. Creo que debe orientarse a vigilar a mi secretario. Serrano es la única alternativa que queda pues Mariela tiene toda mi confianza.

-Como quiera, pero yo renuncio. Creo que nada más puedo hacer aquí...

Y se dirigió a la puerta.

-¡Espere! -le detuvo la Sinclair.

El cojo dio media vuelta.

-Creo que no entiende la situación -le explicó a la mujer-. Si Serrano es el responsable, seguramente está involucrado con los traficantes. Si es así, debe haber muchas copias de sus fotografías y si me acerco a él, usted está liquidada.

La diputada se sentó con las manos entre las piernas.

-¿Qué puedo hacer? -dijo en tono suplicante.

Gamboa sintió algo de lástima y se molestó consigo mismo. Se acercó a la mujer.

-Déme otra suma igual a la anterior y el asunto quedará arreglado.

-¿Qué hará? No quisiera verme involucrada...

-No se preocupe. Solo debe despedirlo de inmediato, por cualquier motivo.

-Lo haré.

-El resto, déjemelo a mí.

-¿Cuándo sabré de usted?

-Nunca -dijo el cojo-. Solo envíe el dinero a mi oficina.

XIV

En realidad era bastante obvio. La única persona con acceso a casi todos los asun-

tos de la diputada era Serrano. El único problema era vincularlo con los traficantes. Bastaba para ello correr un rumor. Si el secretario, o ex secretario a esa hora, se reía de los peces de colores, se había equivocado. Y nada sucedería. Era solo un albur, pero no tenía otra opción.

-¿Y cómo quieres que haga eso? -le gritó el guatón Cevallos por el auricular.

-En voz baja, si se puede -contestó Gamboa con sarcasmo-. Solo tienes que llamar a quien tú sabes mejor que yo quién es, y decirle que supiste que Serrano está atrapado y que las famosas fotos de la diputada son un truco que él inventó, cosa que puede demostrarse. Si lo logran atrapar, abrirá la boca más grande que Chuqicamata.

-Entiendo. ¿Es eso cierto?

-En parte, pero tú descuida, pues basta con que digas que fue un soplo que recibiste.

-¿Y la plata cuando?

-En cuanto vea los resultados.

Hubo un silencio dubitativo y Gamboa cruzó los dedos.

-De acuerdo. Pero, te va a salir más caro.

-No tengo más dinero que ese. Te lo juro.

-En ese caso, me quedarás debiendo unas... veinte cobranzas.

-Diez...

-Quince.

-Doce. Si no, olvídale.

-De acuerdo. ¡Hecho!

Sabía que lo lamentaría, pues serían las más duras y complicadas cobranzas de la historia universal del prestamismo, pero...

XV

El despido de Serrano por parte de la diputada pasó casi desapercibido, excepto para un reportero amigo de Gamboa que publicó una nota donde, veladamente, se daba como razón de aquella medida el haber perdido la confianza de la Sinclair por descubrirse relaciones poco recomendables del secretario con algunas personas o grupos. No se decía de que tipo, pero no era necesario. Si las cosas eran como él pensaba, todo saldría perfecto.

Y así fue. Al día siguiente el zurdo Serrano se suicidaba de un tiro en la sien derecha, después de beber media botella de pisco, a pesar de ser abstemio. En su casa no se encontraron fotos de ninguna especie, ni siquiera de su mamá, si es que alguna vez la tuvo. La prensa aprovechó de destacar la solidez moral de la Sinclair que había actuado enérgicamente al descubrir vínculos del tipo con quién sabe que organización.

Y punto. Por lo demás, no tenía Serrano ninguna importancia. Era solo un engrane en el bien aceitado mecanismo de la corrupción barata. Y Gamboa pensó que él, aunque no lo quisiera, tenía algo que ver con esa máquina. Finalmente, todo queda igual...

Llamaron a su puerta. Mariela tenía un abultado sobre en la mano.

-Con los agradecimientos de Mónica -dijo.

-¿Estás de mensajera?

-Ahora seré su secretaria -dijo la muchacha entrando al departamento.

-¿No teme los comentarios?

-Ya no. ¿Quién creería algo así? Dirían que son mentiras maliciosas.

-Claro...

-¿Y las fotos? -preguntó ella.

-¿Qué fotos? -Dijo Gamboa con intención-. ¿No serán otras mentiras maliciosas?

Mariela sonrió.

-¿No crees que...?

-Déjalo así. Y dile que se olvide del asunto... Y tire a la basura la máquina fotográfica.

-Ya lo hizo.

Gamboa arrojó el sobre en el escritorio.

-Gracias por venir.

Mariela se le acercó.

-Y yo tengo que pagarte de alguna forma... -dijo y le besó en los labios.

El cojo le subió la falda y le acarició las nalgas.

La tarde comenzaba a declinar y el tránsito callejero a aumentar. Miles de personas abordaban los microbuses en dirección a sus hogares, en busca de algún descanso posible para seguir haciendo nada el próximo día. Como siempre, todo seguiría igual. Pero al cojo le importaba un carajo. Él sí tendría mucho que hacer esa noche...